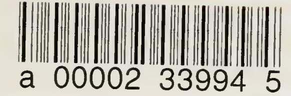

LUX
LIBERTAS





EKS
IVE
.t on

SERAFÍN y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

Mundo, mundillo...

COMEDIA EN TRES ACTOS





SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

—

1912

MUNDO, MUNDILLO...

SERAFÍN y JOAQUÍN
ALVAREZ QUINTERO

MUNDO, MUNDILLO...

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 5 de Octubre
de 1912



MADRID
IMPRENTA DE REGINO VELASCO
1912

A Gregorio Martínez Sierra

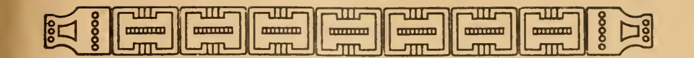
en prenda de cordial afecto,

Serafín y Joaquín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
RAFAELA..................	Mercedes Pérez de Vargas
QUINTICA..................	María Palou.
LA ABUELA NITA..........	Irene Alba.
EMMA......................	Adela Carbone.
JUANA.................. ...	Carmen Villa.
GREGORIA.....	María Pérez Fe.
DON PABLO................	Pedro Zorrilla.
DANIEL....................	Manuel González.
TOPETE....................	Alberto Romea.
DON DIONISIO.............	Juan Bonafé.
ISIDORO...................	Manuel Acevedo.
CHIROLA..................	Manuel Insúa.
EL CIEGO PALOTES.......	José G. del Portillo.
UN COMPRADOR AMBULANTE......................	X.

Chiquillos del pueblo



ACTO PRIMERO

Estamos en Peña Real, vetusto pueblo de Andalucía, y en la casa de don Pablo Merced, grande amigo nuestro y viejo escritor, curado ya de vanidades literarias, si alguna vez las tuvo. En una sala del piso bajo, contigua a la que ocupa su biblioteca, escogida y varia, ocurren los verídicos lances de esta comedia. La puerta que a aquélla conduce está a la izquierda del actor y es de cristales. A la derecha hay otra de madera tallada, que da al patio. Al foro dos grandes ventanas con altas y caladas celosías, pintadas de verde, como el herraje. Las paredes enteramente blancas del techo al enladrillado suelo, que reluce de puro limpio. Pocos muebles, de antigua casta, ordenados y bien dispuestos. Algún estante cerrado de cristales que no cupo en la biblioteca. Mesa escritorio de caoba. Una mesita auxiliar cerca de una de las ventanas, llena de periódicos y revistas, y junto a ella el sillón del amo de la casa. En uno y otro alféizar, algunas macetas en flor: pocas. Una lámpara pende del techo.

El cuidadoso esmero que reina en la estancia y el grato aroma que en ella se respira, dejan adivinar que en la casa vive una mujer, primorosa sin duda y sin duda bella.

Es por la mañana y empieza Mayo.

DON PABLO, sentado cómodamente en su sillón, le dicta unas cuartillas a TOPETE, su amanuense, su secretario, su bibliotecario y cuanto haya que ser, que escribe en la mesa.

Es don Pablo hombre de unos sesenta y tantos años, modesto, distraído, torpe para la vida práctica, pero de buen discurso y noble condición. Habla el castellano, pronunciándolo suavemente, con un poco de aire andaluz.

Topete, de menos edad que él, pues no pasa de los cincuenta, tiene un cerebro de canario y un pulso envidiable. Sus singulares dotes de calígrafo son famosas en muchas leguas a la redonda. Aunque es andaluz, por el habla no se le nota apenas.

Don Pablo. Dictando. «... De las malandanzas de la política española...»

Topete. «... Española...»

Don Pablo. «... De las que siempre sale este nuestro inocente país...»

Topete. «... País...»

Don Pablo. «... Como de la mayor parte de sus aventuras salía Don Quijote: dolorido y maltrecho.»

Topete. «... Maltrecho.»

Don Pablo. Punto y aparte. «Pero, en fin, y basta por hoy; consolémonos de estas tristezas, volviendo los ojos al espectáculo con que la naturaleza nos brinda, vestida y adornada con todas las galas del nuevo Mayo...»

Topete. «... Del nuevo Mayo...»

Don Pablo. «... Y veamos en esas flores un augurio de mejores auroras.» Punto final. Se levanta. La fecha. Peña Real, a 7 de Mayo...

Topete. Suspirando. ¡Ay! El escribiente es un ser inferior. Es un ser inferior.

Don Pablo. ¿Por qué?

Topete. Porque transmite ideas que a lo mejor pugnan con las suyas, y las tiene que transmitir con buena letra. Yo no vislumbro esas bellas auroras que tú; yo hoy lo veo todo como la tinta del calamar: ¡negro de humo!

Don Pablo. ¡Vaya por Dios! Déjame la pluma y firmaré. Se sienta a hacerlo, ayudándose con la mano izquierda, y

antes de firmar exclama entre suspiros. ¡Ay! ¡Quién conoce a esta mano torpe, que un tiempo volaba sobre las cuartillas!...

Topete. Ya, ya.

Don Pablo. Yo pienso que es castigo de Dios, por haber escrito en esta vida tantas simplezas.

Topete. Adulando un poco. Hombre, Pablo, buena está la modestia; pero...

Don Pablo. Esto no es modestia; es conocimiento de la realidad de las cosas y de mí mismo. Si en mi mocedad escribí novelas y no las leyó nadie, y escribi luego dramas y comedias en tres actos y en verso, que a nadie interesaron, ¿a qué me voy a declarar genio no comprendido, de los que dicen que se adelantan a su época y que por eso aburren? No. Yo no soy más que un buen hombre que gustó de escribir, y que, sin duda, no le dió al arte toda la pasión que el arte pide.

Topete. Modestia, modestia...

Don Pablo. Tuve la serenidad suficiente para conformarme con mi *aurea mediocritas*, y para dedicarme a leer lo bueno que otros escribieron. Mis fracasos no me dejaron en el alma ni una gota de hiel; tú lo sabes.

Topete. ¡Cualquiera que te oyese hablar de fracasos!...

Don Pablo. ¿Pues qué otro nombre tienen? Yo, en mi vida no he hecho sino fracasar. No he puesto mano en cosa que no me fallara. He sido inhábil... desacertado... Mi único acierto fué mi boda, y ése no fué mío.

Topete. ¡Hombre!

Don Pablo. Fué cosa de mis padres. Me dijeron: vas a venir una noche, allá en Madrid, a conocer a una muchacha andaluza que va a casa del primo Gabriel. Y fuí. Y me pareció una rosa, y se lo dije. Y eso es todo. Mis padres, mis padres acertaron... ¡Qué tiempos, mi querido Topete! En fin, vamos a firmar esta crónica... Mi fe de vida de escritor. ¡Parece mentira! Veinti-

cinco años mandando mensualmente una crónica a una revista que no tiene un solo lector.

Topete. ¡Y que no te paga!

Don Pablo. Yo algunas veces me divierto entremezclando algún disparate gordo, a ver si hay alguien que me lo rectifique de alguna manera. Jamás se ha dado el caso. Vamos, ni el corrector de pruebas. El arte por el arte. Firmaremos.

Mientras firma, pasa el CIEGO PALOTES por la calle pregonando.

Palotes. ¡Niñas! ¡niñas! ¡Er mundo se acaba er mes que viene! ¿Quién me compra er romanse de *La fin der mundo? ¡La fin der mundo!* ¡Er mundo se acaba er mes que viene!

Por la puerta del patio sale precipitadamente QUINTICA, con ánimo de llamar a Palotes desde una ventana y comprarle un romance. La presencia de don Pablo y de Topete, con que no contaba, la desconcierta un tanto.

Quintica es una muchachuela de El Toronjil, pueblecillo inmediato a Peña Real, que produce las más intrépidas mozas de servicio.

Quintica. ¡Huy!

Topete. ¿Eh?

Don Pablo. ¿Qué? ¿Qué quería usted?

Quintica. No... na... Usté me dispenze... Es que me penzé que estaba aquí Juana.

Don Pablo. ¿Juana?

Topete. Juana está ahí dentro aljofifando la biblioteca.

Quintica. Pos con zu permizo: tengo que darle una razón.

Se entra en la biblioteca, sobresaltada, como ratón sorprendido en la alacena.

Don Pablo. ¿Es nueva esta criada, verdad?

Topete. Sí, hombre. La tomó Rafaelita la semana pasada, cuando anunciaron su llegada los huéspedes don Dionisio y su hija.

Don Pablo. Ya.

Topete. Y venía aquí, no en busca de Juana, como ha dicho, sino al olor del Ciego Palotes, que pasó pregonando un romance.

Don Pablo. Ah, vamos.

Topete. El romance de *La fin del mundo.* ¿No lo has oído pregonar?

Don Pablo. No.

Topete. Súbitamente. Escucha.

Palotes. Repitiendo el pregón más lejos. ¡Niñas! ¡niñas! ¡Er mundo se acaba er mes que viene! ¿Quién me compra er romanse de *La fin der mundo? ¡La fin der mundo!* ¡Er mundo se acaba er mes que viene!

Don Pablo. Riendo. La musa popular no podía permanecer ociosa ante la amenaza del cometa.

Topete. ¿Y sabes tú que se pone grave lo del cometa?

Don Pablo. ¿Sí, eh? Apenas he leído...

Topete. Ah, pues es cosa de irlo tomando en serio. Uno de los periódicos... Ya verás... Rebuscando en la mesita auxiliar. Le dedica la primera plana al asunto... Y viene bastante alarmista. Aquí está.

Don Pablo. Déjalo: luego lo leeré yo.

Topete. Un parrafito solamente. Lee. «El cometa, la estrella de rabo, como lo llama el vulgo, que muy pronto se podrá contemplar en el cielo a la simple vista, según todas las notas facilitadas por los observatorios astronómicos del mundo entero, conformes en reconocerlo así, chocará fatalmente con la Tierra en la noche del 13 de Junio próximo.» Una broma de carnaval. Y sigue.

Don Pablo. Yo lo leeré, hombre.

Topete. «El día en que se escribe este artículo, hállase el cometa a ciento sesenta y cuatro millones de kilómetros de la Tierra, y avanza hacia nosotros a la velocidad de cinco millones de kilómetros por día.» ¡En

diligencia viene, como ves, el celeste viajero! «Su cabeza sola ofrece un diámetro treinta veces más grande que el de nuestro globo, o sea de trescientos ochenta mil kilómetros: poco más o menos la distancia de aquí a la luna.» ¡Cualquiera le compra una gorrita de viaje!

Don Pablo. No sigas; que prefiero enterarme por mí.

Topete. Además asegura que o moriremos triturados porque se hará añicos el planeta, o, lo que es más probable, por envenenamiento horrible de la atmósfera. ¿Qué te parece?

Don Pablo. Que Dios dirá. Después de todo, este titirimundi de la tierra tampoco había de ser eterno.

Topete. ¡Sí que lo tomas con filosofía! Deja el periódico.

Don Pablo. ¿Y qué le voy a hacer? En la suposición de que esa amenaza sea irremediablemente cierta, y se realice, pocas veces sería el miedo cosa más pueril.

Topete. ¡Bueno va!

Don Pablo. Anda, déjate de comentarios, y pon el sobre y lleva la crónica al correo, que por sí o por no yo debo enviarla puntualmente.

Topete. En seguida. Pero ya que esta conversación nos ha elevado unos kilómetros sobre la pequeñez de este mundo mortal, te voy a pedir un favor.

Don Pablo. Tú dirás qué me quieres.

Topete. Ya sabes cómo yo me defino.

Don Pablo. No recuerdo ahora.

Topete. Pues es así: «Yo soy un perfecto caballero que se juega hasta la camisa.»

Don Pablo. No convengo más que en la segunda parte.

Topete. Ni yo, como me apures mucho. Estoy empecatado, Pablo; estoy avergonzado de mi conducta. Ayer, cuando me diste la decena...

Don Pablo. Nada tengo que ver con eso. Yo te pagué

religiosamente, según costumbre, y no hay más que hablar.

Topete. ¡Es que me quedé sin una peseta a la media hora! ¡Es que mi mujer y mis hijos no van a comer pasado mañana!

Don Pablo. Llévales el tapete verde, o las barajas del Casino, o las bolas de la ruleta, o los caballitos, o lo que sea, que ni lo sé ni quiero enterarme.

Topete. Me permitirás un poco de historia. Mira. Yo defino así el juego: «El juego es una mujer coqueta.» Coqueta, por no decir un grado más. *Intelligenti pauca.* Pues bien: siempre que pasa por esta calle o por la mía el hombre de los «Sombreros, muebles, libros y paraguas viejos que vender», como juegue, indefectiblemente pierdo.

Don Pablo. ¡Qué botaratada!

Topete. No lo creas; porque el reverso de la medalla es este: como pase por aquí o por mi calle el tío que compra huesos de jamones—ése que viene todas las semanas de Alminares,—y eche su pregón, ya puedo jugar lo que quiera, que gano.

Don Pablo. ¡Bah!

Topete. ¡El evangelio de la misa! Y cátate que ayer... iba yo con mi dinerito fresco en el bolsillo...

Don Pablo. Sí; y pasó el de los huesos de jamones...

Topete. ¡No! ¡Pues ahí está! ¡El que pasó fué el otro!

Don Pablo. ¿Y para qué jugaste?

Topete. ¡Para ver si *quebraba* una vez siquiera! Porque yo pensé: ¡ya van muchas de perder con éste! Pero ¡ca, hijo, ca! *Coqueta*, como te he dicho antes.

Don Pablo. Pues bien: yo te socorro en tus apuros siempre que me es posible, de buena voluntad; pero con tu vicio no tengo la menor indulgencia. Con que déjame en paz, que voy a enterarme bien de eso del fin del mundo.

Topete. Yéndose a la mesa a poner el sobre para la crónica,

poseído del más negro de los pesimismos. ¡Buen fandango está el mundo del principio al fin! Se sienta a escribir. ¡Y haga usted ahora mayusculitas, durmiéndose en los rabos!... ¡Ay, señor, señor!... ¡Y tan inferior como es el escribiente!

Don Pablo. No gruñas más.

Sale QUINTICA de la biblioteca, en dirección a la puerta que da al patio, no queriendo ser vista ni sentida. La detiene, sobrecogiéndola, por supuesto, la voz imperiosa de Topete.

Topete. Hombre, a propósito. ¡Tú, Quintica; la de El Toronjil!

Quintica. Mándeme usté.

Topete. Ven acá. ¿Eres tú ahora la encargada de limpiar el polvo en estas habitaciones?

Quintica. Zí, zeñó, yo zoy. Desde antiyé. Lo limpiaba Manuela antes de yo vení; pero como yo entiendo de libros, Don Pablo la mira curiosamente. me encargó la zeñorita Rafaela que lo limpiara yo. Y lo limpio desde antiyé.

Topete. Enterado. Y respetando por lo demás las órdenes de la señorita Rafaela, a esta mesa no tienes para qué tocarle.

Quintica. ¿Ni pa quitarle er porvo?

Topete. Tengo yo aquí mi plumerito. Le muestra uno monísimo que saca de un cajón de la mesa.

Quintica. Pero, ¿es que he hecho argo malo?

Topete. Malo, no; pero desde *antiyé* precisamente me pones el cuadradillo donde quiero la plegadera, y la plegadera en el lugar del cuadradillo.

Don Pablo. Sí que es grave eso.

Topete. Cada uno tiene su manera de matar pulgas.

Don Pablo. A Quintica. ¿Cómo te llamas tú, muchacha?

Quintica. ¿Usté no lo zabe toavía? Me yaman Quintica, pero me yamo Francisca Jiménez Utrera, para zervir a Dios y a usté.

Nacida de madre honrada,
de padre honrado también,

fier cristiana y cumplidora
por ziempre de mi debé.

Mira al uno y al otro muy satisfecha.

Don Pablo. Bravo. Y ¿cómo dices que te nombran todos?

Quintica. Quintica.

Don Pablo. ¿Y eres... de dónde?

Topete. De donde son las más bachilleras: de El Toronjil.

Quintica. De Er Toronjí zoy, señora,
que tiene reló con hora:
de Er Toronjí zoy, zeñó,
que tiene iglezia mayó.

Don Pablo. Muy bien.

Topete. Si a cada pregunta que le hagas va a salirnos con una monserga...

Don Pablo. Calla tú. ¿Y has dicho antes que entiendes de libros?

Quintica. Zí, zeñó; y entiendo.

Don Pablo. ¿De qué libros?

Quintica. De todos.

Don Pablo. ¡Cáspita! ¿De todos?

Quintica. ¿No ve usté que yo me he criao en la escuela?

Don Pablo. Ya. ¿En qué escuela?

Quintica. En la de Er Toronjí. Entré a hacé los mandaos a los nueve años, y hasta el año pazao no he zalío de ayí. Carcule usté zi zabré de libros. Como que argunas veces er maestro me dejaba tomarles la lerción a los niños mayores.

Don Pablo. ¿Hola?

Quintica. De manera que zé la religión, zé la historia, zé la geografía, zé leé, zé escribí, zé zumá, zé restá, zé murtiplicá, zé yevá un rozario y zé los mapas.

Don Pablo. ¡Pues no creo que se pueda saber más!

Quintica. ¡Ah! ¡Y los reyes godos!

Don Pablo. ¡Digo! ¿eh?

Quintica. ¿Usté ze pienza que es mentira?

Don Pablo. ¡Me guardaría mucho!

Quintica. Pregúnteme usté.

Don Pablo. De bonísima gana. Vamos a ver, vamos a ver... ¿Quién hizo el mundo?

Quintica. Dicen que Dios.

Don Pablo. Sí; es verdad, eso dicen... Y es lo más probable. ¿Quién fué el primer hombre?

Quintica. Adán y Eva.

Don Pablo. No, no; Adán nada más. Eva fué la primera mujer.

Quintica. Zí, zeñó; que la hizo Dios de una costiya del hombre. ¡Zi lo zé!

Don Pablo. Justo. Por eso a la esposa se le suele llamar costilla.

Topete. Que a veces no es costilla por cierto, sino espinazo.

Quintica. Pregúnteme usté argo más difici. Pregúnteme usté de la historia.

Don Pablo. ¿De la histoiia, eh? Dime, ¿quién descubrió el Nuevo Mundo?

Quintica. ¿Er Nuevo Mundo? Le apeyidan unos er Crué y otros er Justiciero.

Don Pablo. No, no por Dios: te confundes con el rey don Pedro el Cruel.

Quintica. ¡Da lo mismo!

Don Pablo. El Nuevo Mundo lo descubrió Colón.

Quintica. Er genovés Cristóbar Colón, que descubrió la América. ¡Zi lo zé!

Don Pablo. Ya, ya lo veo.

Topete. ¡Lo sabe todo!

Quintica. Señalando de pronto al Diccionario de la Academia, que está en el estante. ¿Me quié usté decí qué libro ez eze gordo, zeñorito?

Don Pablo. ¿No lo sabes tú?

Quintica. Zí lo sé; pero no lo zé.

Don Pablo. Ese es el Diccionario de la lengua.

Quintica. ¡Ezo ya lo zé!

Don Pablo. Entonces, ¿qué es lo que me preguntas?

Quintica. ¿Qué cozas trae? ¿Es graciozo?

Don Pablo. No: gracioso precisamente, no. Es un libro en el cual están por orden alfabético todas las palabras del idioma.

Quintica. ¡Al istante!

Don Pablo. ¿Lo dudas?

Quintica. No, zeñó, no lo dudo; pero me rezisto a creerlo.

Don Pablo. ¿Qué palabras quieres que busquemos para que te convenzas? Se levanta y coge el Diccionario.

Quintica. Ezo zí que me gusta.

Topete. ¡Pero mira que te entretienes tú con unas chiquilladas!

Don Pablo. Tú a tus mayúsculas floridas. Esto no va contigo. A Quintica. Dime tú una palabra.

Quintica. Una palabra... una palabra... Pensándola. Busque usté... Busque usté *Pilili*.

Don Pablo. ¿*Pilili*?

Quintica. *Pilili* es un tonto de mi pueblo que hace griyeras.

Don Pablo. No; aquí no está *Pilili*. Nombres de tontos no vienen aquí.

Quintica. ¿Usté lo ve? Ya farta una palabra.

Don Pablo. Dime otra que te ocurra.

Quintica. Ea, pos busque usté *pachocha*.

Don Pablo. ¿Y qué es *pachocha*?

Quintica. *Pachocha* ez una coza mu güena que ze hace en mi pueblo con un boyo de pan tostao, un poquito e zeboya, aceite, vinagre, zá en grano...

Don Pablo. Ah, pues no trae *pachocha* tampoco.

Quintica. ¿Tampoco?

Don Pablo. A la cuenta no hay ningún académico de El Toronjil.

Quintica. Ya zabía yo que ezo era mu dífici. ¡Hay munchas palabras!

Don Pablo. Mira, mujer: mira en esta página, y verás como no te engaño. Lee. «Cantar, cántara, cantarero, cantárida...»

Quintica. ¡Pos zí que es verdá!

Don Pablo. «Cantarillo, cántaro, cantera...»

Quintica. Leyendo a su vez. ¡Huy, miste aquí! «Cañamazo, cáñamo, cañamón...»

Don Pablo. ¿Lo ves, mujer, lo ves?

Quintica. ¡Qué paciencia de hombre! ¿Usté ze lo zabe de memoria?

Don Pablo. ¡Yo, no! Y lo que advierto es que lees de corrido.

Quintica. Zí, zeñó: de carreriya leo. Me andaba en er *Juanito* ya.

Don Pablo. ¿En el *Juanito?*

Quintica. Y er maestro me iba a poné en los trozos escogidos der *Don Quijote de la Mancha,* que escribió er *Cojo de Lepanto.*

Don Pablo. ¡El manco, criatura!

Quintica. ¡Er manco! ¡Zi lo zé!

Don Pablo. Sí lo sabes; pero acabas de confundir un brazo con una pierna. Vete, vete ya a tus tareas, no vuelva de la calle la señorita, y te riña por culpa mía.

Quintica. Zí, zeñó.

Dejo er leé
para barré:
dejo el hablá
para limpiá.
Cuando me voy de una arcoba
voy por la escoba:
cuando me voy de un granero
voy por er plumero.

Se retira por la puerta del patio, ufana, como si hubiera ganado unas oposiciones.

Don Pablo. No sé a mi hija; pero a mí me satisface enteramente. ¡Donoso revoltijo tiene en la cabeza Quintica! Se entra en la biblioteca.

Topete. Bien está. Vamos nosotros al correo. ¡Lástima y no me tragara el león al meterle la carta por la boca!

Va a marcharse por la puerta del patio, y se detiene un punto para dejar pasar a RAFAELA y a EMMA, que llegan de la calle.

Las dos son jóvenes y bonitas, y las dos madrileñas. Rafaela, hija de don Pablo, viuda dos años hace, es mujer de temple sereno, agraciada y sencilla. Aun viste de luto, como único tributo externo a su dolor, que oculta a las ajenas miradas, pero que vive en su corazón como un perfume delicado. Viene de velito.

Emma, su amiga, casada y temporalmente separada de su marido, por aburrimiento y hastío, es mujer ardiente y expresiva, imaginativa y locuaz. Viste un traje vistoso de mañana y trae chal y sombrilla.

Rafaela. Estarán aquí o en la biblioteca.

Topete. ¡Oh! Las amigas. ¿De vuelta ya?

Emma. Ya de vuelta.

Topete. ¿Cansadas?

Emma. ¡Nunca!

Rafaela. ¿Cansarse Emma? Jamás. Usted la ofende.

Topete. ¿Le va gustando a usted mi pueblo?

Emma. ¿Pero usted es de Peña Real?

Topete. Sí, señora: aquí rodó mi cuna. No rodó todo lo que hubiera sido necesario.

Emma. Pues no se le conoce a usted. Apenas tiene acento andaluz.

Topete. Salí de aquí tan joven y volví tan viejo... ¿Verdad, Rafaelita?

Rafaela. Tan viejo, no, Topete.

Topete. Gracias por el halago.

Emma. Pues el pueblo me encanta, me seduce, me

inquieta. Asoleado, tranquilo, silencioso, como en siesta continua. Cuando se abre una puerta de una casa parece que la casa va a bostezar. Histórico, legendario, evocador... Se oye en el aire la voz de otros siglos. Creyente, supersticioso, paradójico, absurdo... ¡Todo lo contrario que mi marido! Me enamora Peña Real.

Rafaela suelta la risa.

Rafaela. Lo creo.

Topete. Yo también.

Rafaela. ¿Y mi padre?

Topete. Ahí, en la biblioteca.

Emma. ¿Y el mío?

Topete. Arriba lo dejé hace una hora, desayunándose.

Emma. Ya habrá concluído.

Topete. ¡Qué sé yo! Porque tenía delante dos huevos pasados por agua y un trozo de carne tamaño. Y me dijo que estaba matando el gusanillo. De manera que el gusanillo de su papá de usted no se debe de matar tan fácilmente.

Emma. Riendo. Ah, sí: se cuida, se cuida. Le tiene mucho apego a la piel. Voy a verlo. Digo, ¡y estos patios!... ¡Qué parajes para soñar locuras!... Se va por la puerta del patio.

Durante este diálogo, Rafaela se ha quitado el velo y lo ha doblado cuidadosamente.

Topete. Tú, Rafaelita, ¿me necesitas para algo?

Rafaela. Muchas gracias, Topete.

Topete. Voy al correo a echar la crónica de este mes. Luego hemos de hablar en confianza.

Rafaela. ¿Usted y yo?

Topete. Sí.

Rafaela. ¿De qué?

Topete. De... de mis cosas. Sin que se entere el papaíto. ¿Estamos?

Rafaela. Absolutamente.

Topete. Pues hasta luego.

Rafaela. Adiós.

Topete. Hasta lueguito. Vase.

Rafaela pasea por la sala una mirada investigadora de mujer de su casa, y tal vez toca para colocarlo mejor algún mueble o algún objeto.

Sale de la biblioteca DON PABLO.

Don Pablo. ¿Qué es eso? ¿Visita de inspección?

Rafaela. Siempre.

Don Pablo. Buscando los delitos de las criadas.

Rafaela. Y deseando no encontrar ninguno. Tú crees que me gusta reñirles, y no me gusta; es que no tengo más remedio.

Don Pablo. Hágase tu voluntad. ¿Y tu amiga?

Rafaela. Acaba de irse arriba a ver a su padre.

Don Pablo. ¿Vamos a murmurar un poco? ¡Deliciosa pareja son nuestros huéspedes, Rafaelita!

Rafaela. Don Dionisio sí es cómico. De Emma me da lástima.

Don Pablo. Y presumo que van a pasar con nosotros más días de los que pensaban en un principio.

Rafaela. Seguramente. Emma está contenta, distraída; y yo procuro que lo esté. Haré que se venga conmigo al campo. ¡Pobrecilla' También tiene su vida rota.

Don Pablo. Es verdad.

Rafaela. De ahí el recrudecimiento de su exaltación natural y sus extravagancias. Y el padre, sin comprenderlo, empeñado...

Don Pablo. ¡Oh! El padre es chistosísimo. No parece su padre. Vamos, yo a veces pienso cosas terribles.

Rafaela. ¡Jesús!

Don Pablo. Sin que mi presunción ofenda el buen nombre de mi señora doña Eduarda. Esta mañana me reía a mis solas de él. Vas a ver una cosa de gracia.

Toma un periódico de la mesita, busca una noticia y la lee.

Rafaela. ¿Qué es ello?

Don Pablo. Escucha: «Ha salido para Peña Real, acompañado de su bellísima hija Emma, nuestro particular amigo el ilustrísimo señor don Dionisio Gómez y Martínez. Se hospedarán en casa del ilustre escritor don Pablo Merced.» Riéndose. ¿Qué tal?

Rafaela. ¿Ha mandado él mismo la noticia al periódico?

Don Pablo. ¡Naturalmente!

Rafaela. Y puede que la pague.

Don Pablo. ¡Seguro! ¿Quién se va a ocupar, si no, de si sale o si entra? Toda la vida ha sido así. No da un paso que no lo publique. Es más: como vaya a un sitio y no lo diga algún periódico, él se cree que no ha ido. ¡Je! *Vanitas vanitatum...*

Rafaela. Óyeme una cosa.

Don Pablo. ¿Qué hay?

Rafaela. Racha de huéspedes.

Don Pablo. ¿Cómo?

Rafaela. Sólo que éste no es nuevo: lo disfrutamos de tiempo en tiempo todos los parientes cercanos.

Don Pablo. Ah, sí: ¿la abuela Nita?

Rafaela. Cabal. He visto a Feliciano. Venía para acá a prevenirnos. La abuela Nita se ha levantado esta mañana con aire de mudanza, ha empezado a recoger sus santos y sus chirimbolos y ha dicho que se va de aquella casa adonde la quieren mejor. Y aquí la tendremos dentro de media hora.

Don Pablo. Y aquí vivirá hasta otra ventolera por el estilo. ¡Pobre vieja! ¡Es una contribución de toda la familia!

Rafaela. ¿Daniel no ha venido?

Don Pablo. Todavía no. Pero es temprano. ¿Con quién lo mandaste venir?

Rafaela. Con Pepe el yegüerizo, que estuvo aquí anoche.

Don Pablo. ¿Cuándo te piensas ir al campo?

Rafaela. En cuanto Daniel me diga que está lista la casa.

Don Pablo. Malas condiciones tiene aquello.

Rafaela. Ya se arreglará. Tampoco para veinte o veinticinco días voy a pedir primores. Todo, antes que pasar aquí otro aniversario. No quiero que sientan tanto como yo o más que yo a mi marido, gentes que apenas lo conocieron.

Don Pablo. En ese particular, te alabo el gusto.

Rafaela. No me hables; me angustia recordar aquellos días. Los que vinieron la víspera, para escapar antes del compromiso; los que vinieron el mismo día, por seguir la rutina; y los que vinieron al día siguiente, para hacerse notar, me hicieron bien pronto concebir esta fuga para otro año. Cuando un dolor es tan dolor como este mío, el corazón lo esconde; quiere estar solo, y se recata de la gente para que no lo tome en boca quien no sabe de él.

Don Pablo. Así es, en efecto. Nos iremos todos al cortijo unos cuantos días. Porque si me quedo yo aquí solito, no me salva ni mi fama de hombre independiente, ni la bula de Meco; la toman con el padre político. Y la segunda edición del pésame la soporto yo.

Rafaela. ¡Qué obligaciones se crea la gente! Sobre todo en los pueblos. ¿Tiene nadie más que dejar a cada cual con su alma en su almario? Que no se acuerden de que vivo. Si yo me he venido de Madrid a este pueblo, tomándolo por una sepultura, a echarle tierra a mi corazón, que no quiere vivir.

Don Pablo. Calla, inocente, calla.

Rafaela. De sobra lo sabes.

Don Pablo. Sí; pero también sé que la vida del corazón no la limita la voluntad.

Rafaela. La del mío acabó con la suya. No me combatas esta idea, papá. Déjame al menos el consuelo de acariciarla. Me parece que lo acaricio a él.

Don Pablo. Doblemos la hoja. La experiencia siempre habla en el desierto.

Rafaela. ¿Y qué podría enseñarme aquí tu experiencia? ¿No hiciste tú acaso lo mismo que he hecho yo?

Don Pablo. Pero, ¿cuándo lo hice, hija mía?

Rafaela. Cuando te faltó tu sombra, como a mí.

Don Pablo. Cierto. Pero mi vida ya había cumplido su objeto. Tenía cincuenta y tantos años a las espaldas y casados mis hijos. ¿Qué extraño es que entonces dejara aquel vértigo de Madrid y me encerrara en la tranquila Peña Real, y en esta casa donde nació tu madre? Pero tú, con poco más de veinte años, comenzando la vida, de frente a ella, ¿cómo quieres que no vaya a vencerte? Esto es lo que mi experiencia te dice. Mi experiencia, que más que de esperanzas sabe de desengaños. Ahora dejemos que corran los días...

Rafaela. Sí; dejémoslo. Está visto, que esto es tan mío, que ni contigo puedo hablar.

Don Pablo. No te apures, tonta. Mira, aquí tienes Emma.

Rafaela. ¿Viene Emma? Se enjuga los ojos, humedecidos por tímidas lágrimas.

Vuelve, en efecto, EMMA, por donde se fué, y un tanto excitada.

Emma. ¡Ay, señor don Pablo de mis culpas!

Don Pablo. ¿Qué te ocurre, muchacha?

Emma. ¡Ay, qué padre tengo!

Don Pablo. ¿Pues?

Emma. Le digo a usted que me cuesta la vida este padre.

Don Pablo. Te cuesta entonces lo que te ha dado él.

Emma. Rápidamente. ¡A medias! A medias nada más. Su derecho a amargarme la vida a medias puede que no sea discutible; pero a amargármela por entero, sí.

Rafaela. Sepamos qué hay de nuevo que tan alborotada te trae.

Emma. ¡De nuevo, nada! Otra vez le ha puesto el paño al púlpito, y ¡vaya un sermón!

Rafaela. Espera un instante.

Asoma JUANA en traje de faena a la puerta de la biblioteca.

Juana. Zeñorita.

Rafaela. Pero, ¿qué es eso? ¿Todavía estás ahí? ¿Qué facha es esa? ¿Qué manera de presentarse?

Juana. Zi está una argofifando, ¿cómo quié usté que zarga una?

Rafaela. Es que no debieras estar aljofifando ya.

Juana. Zeñorita, usté no ha contao las lozas que tiene la zala grande. Tiene muchas lozas. Y a usté le gustan las faenas mu bien hechas. Y pa hacé las faenas bien hechas hay que hacerlas despacio. Y de toas maneras ze tarda lo mesmo.

Rafaela. Bueno, sí; ¿qué quieres ahora?

Juana. Zabé zi argofifo también la zala chica.

Rafaela. ¡Pues ya lo creo! Y prontito. Y bien. Y sin salpicar de agua los libros. De todo esto tiene la culpa el mono del novio. Y eso se va a acabar.

Juana. Ziempre tenía que zalí er novio, que en na ze mete. Retírase un tanto mohina.

Rafaela. Está en relaciones con el criado, con Isidoro. Y la entretiene con el palique y todo anda así. Y voy a plantar en la calle a Isidoro o a ésta. O a los dos. No quiero noviazgos en casa.

Don Pablo. El amor tiene sus derechos, hija.

Rafaela. Sí los tiene; pero después de aljofifar. Sigue tú con tu cuento, Emma.

Emma. El amor... el amor... ¡Qué mal empleo se le da casi siempre a esa palabra! Y usted perdone que se lo diga, don Pablo. ¿Pues no se empeña mi padre en que mi marido me tiene amor; en que mi marido me quiere?

Don Pablo. Y te quiere. ¿No suspira por volver a unirse contigo?

Emma. ¡Porque me echa de menos! ¡Porque es un hombre muy ordenado, ¡muy ordenado!—¡qué desesperación de orden!—y le falto ya en la casilla del estante en que me había puesto! Ríen el padre y la hija. Pero antes me doy un tiro que volver con él. Mi marido, don Pablo, es un hombre rítmico; es un hombre máquina; yo creo que tiene ruedas por dentro. Todo lo ha de pesar y medir; todos los días ha de hacerse lo mismo y a las mismas horas. No tiene una oscilación, no tiene un arranque, no tiene un rasgo extraordinario, ¡no tiene un defecto!

Don Pablo. ¿Que no tiene un defecto?

Emma. ¡Ni uno! ¡Si le digo a usted que no hay manera de aguantarlo! ¡Siempre en el mismo tono; siempre acompasado y puntual! ¡Me he casado con una péndola de reloj!

Rafaela. ¡Qué cosas se le ocurren! Y hay algo de verdad, no creas.

Emma. Aconséjele usted a mi padre que no vuelva a hablarme de reconciliación con ese hombre. No lo quiero ver. Me crispa los nervios recordarlo. ¡Qué chalecos, qué raya de los pantalones, qué hombreras!... No lo quiero ver. ¡Qué bigotes! ¡Con los mismos pelos justos a un lado que a otro! No lo quiero ver. ¡Si lo viera usted con la bigotera!...

Don Pablo. No lo quiero ver.

Emma. ¡Suplíquele usted, por Dios, a mi padre, que me deje en paz! Si tuviéramos hijos, bien estaba mi sacrificio por ellos; pero si nos ha tocado en suerte no tenerlos, sin duda porque Dios no quiere que el tipo de ese hombre se perpetúe...

Sale DON DIONISIO por la puerta de la biblioteca, a tiempo de oír esta última frase de su hija, que a él le suena a chabacana burla. Es hombre serio, eminentemente serio, atildado y metódico. Se comprende que simpatice con su yerno. Viste un traje de mañana elegante, pero propio para persona de algunos años menos que él.

Don Dionisio. Hija mía, por el amor de Dios, seriedad. Seriedad, Emma, seriedad, que ya no juegas a las muñecas. Seriedad.

Emma. Si hablaba completamente en serio, papaíto.

Don Dionisio. Peor que peor, en tal caso. Pablo; Rafaela; mi ilustre y sabio amigo...

Don Pablo. ¡Hombre!

Don Dionisio. Su amiga más leal...

Rafaela. Sí, por cierto.

Don Dionisio. Encargaos de poner un poco de orden en esta cabecita de pájaro.

Emma. Molestísima. Papá, por lo que más quieras, no seas cursi, y dispénsame que te lo diga.

Don Dionisio. ¿Oyes esto, Pablo? ¿Lo oyes tú, Rafaela? Los desentonos de esta hija de mi alma van a acabar conmigo.

Llega TOPETE por la puerta del patio, deja el sombrero, se sienta a su mesa, y se pone a escribir sin decir ni pío. Se conoce que el mal humor se le ha exacerbado en la calle.

Don Dionisio. Tú, Pablo; tú que tienes esas privilegiadas dotes de observador y ese singular atisbo psicológico...

Don Pablo. ¡Ave María Purísima!

Don Dionisio. Dime, en ley de Dios, o hablando a lo filósofo, en el terreno de la razón pura.

Emma. Mira, papá, no sigas adelante. No hemos venido aquí a discutir desavenencias de familia, sino a pasar una agradable temporada con tan buenos amigos; y hablar de mi marido no puede ser cosa más desagradable.

Don Dionisio. Seriedad, Emma, seriedad.

Emma. ¡Así que lo digo poco en serio! ¿Sabes lo que estoy deseando?

Don Dionisio. ¡Algún delirio tuyo!

Emma. Que esta vez sea verdad el anuncio de los astrónomos; que esa dichosa estrella de rabo que nos

amenaza, choque de veras con la tierra y nos lleve a todos el diablo.

Don Dionisio. ¡En el nombre del Padre!

Topete. Pues no está usted sola en ese deseo, amiga Emma. Hay aquí quien lo comparte con usted. Y le prevengo que, según todos los informes, vamos a quedar complacidos.

Don Dionisio. Con alarma ridícula, que pretende disimular en vano. ¿Cómo dice usted?

Topete. ¿No ha leído usted la noticia en la prensa de hoy?

Don Dionisio. No he tenido ese gusto... Es decir, tanto como gusto...

Topete. Pues tome, tome; aquí hay un periódico que trata la cuestión por extenso.

Don Dionisio. A ver, a ver... Poco se puede fiar en tales pronósticos, pero... Siempre hay alarmas más o menos justificadas con estos fenómenos celestes... El vulgo es imaginativo... A ver, a ver... Toma con mano temblorosa el periódico, y ante el simple epígrafe de la noticia le baja el color. Se entrega ávidamente a su lectura, y ya no le importa nada de lo que le rodea. El miedo más cómico ha hecho presa en él.

Emma. ¡Bah! Voy un rato a la biblioteca.

Don Pablo. ¿Qué lees?

Emma. Las comedias de Tirso de Molina.

Don Pablo. ¡Peregrino ingenio! Conocía a las mujeres el frailecito, ¿no?

Emma. Un poco.

Don Pablo.

Porque a la sombra imitáis;
al que os desprecia seguís,
del que os adora os burláis...

Sale por la puerta del patio ISIDORO, el novio de Juana, con tres cartas.

Isidoro. Don Donisio. Don Dionisio no oye. Está más pálido que hace un momento. Don Donisio.

Emma. ¡Papá!

Rafaela. ¡Don Dionisio!

Don Dionisio. ¿Eh?

Isidoro. Dos cartas.

Don Dionisio las coge maquinalmente, y las mira y se las guarda lo mismo. El periódico lo ha agarrado como mosca en tela de araña.

Emma. Esa otra es para mí, ¿verdad?

Isidoro. Sí, señorita. Tome usté.

Emma coge la carta y la contempla burlonamente. Isidoro va a irse a la biblioteca en busca de la novia y se lo impide Rafaela.

Rafaela. ¿Adónde vas tú?

Isidoro. Iba a dá la güerta por ese lao.

Rafaela. Pues la das por el otro.

Isidoro. Es iguá.

Rafaela. Por eso.

Isidoro. Me piyó la polisía. Se va por donde salió. Emma rompe la carta que ha recibido sin abrirla.

Rafaela. ¿Qué haces, mujer?

Emma. Romper esta carta.

Rafaela. ¿Sin leerla?

Emma. ¡Si es de mi marido!

Rafaela. ¡Jesús!

Miran todos a don Dionisio.

Emma. No hay cuidado: ahora le preocupa el cometa más que yo. Hasta luego. Se entra en la biblioteca.

Don Dionisio. Entre dientes, y yéndose metido en su lectura hacia el patio. ¡Cáscaras, cáscaras! ¡Pues no es esto grano de anís! Suda copiosamente por el cogote y se aplica el pañuelo, pero sin separar la vista del diario. ¡Cáscaras, cáscaras, cáscaras!...

Topete. A este señor le sienta hoy mal el desayuno.

Don Pablo. ¿Pues?

Topete. ¿No ves cómo va leyendo lo del cometa?

Don Pablo. Ah, ¿es eso lo que lee? ¡Delicioso!

Rafaela. Sí que se ha puesto pálido; no es broma.

Don Pablo. Siempre ha sido muy medrosico... Se ríen él y Topete.

Rafaela. Vaya, vaya; un poco de piedad, que todos tenemos debilidades.

Topete. Yo voy a observarlo.

Rafaela. ¿Y mi libro de cocina, Topete?

Topete. Mañana lo concluyo. Un monumento caligráfico: ¡doce tipos de letra! Las salsas en inglesa, las frituras en gótica, los dulces en redondilla... Una preciosidad.

Emma. Dentro. ¡Topete!

Topete. ¿Me llama usted, Emma?

Emma. ¿Quiere hacerme el favor?

Topete. ¡Con mil amores! Se entra en la biblioteca.

Rafaela. Dime, papá.

Don Pablo. ¿Qué?

Rafaela. ¿Éste ha vuelto a jugar?

Don Pablo. Sí; ¿por qué? ¿Te ha pedido dinero?

Rafaela. Va a pedírmelo.

Don Pablo. Pues no se lo des.

Rafaela. Antes me cortaría la mano.

Don Pablo. Te jurará que es para su mujer y para sus hijos; pero como acierte a pasar el tío de los huesos de jamones, se va al Casino y se lo juega inmediatamente.

Rafaela. ¿Y eso, por qué? ¿Es algún talismán?

Don Pablo. Así dice; que gana siempre que le oye el pregón.

Rafaela. ¡Qué badulaque! Hay para matarlo; te aseguro.

Llega por la puerta del patio QUINTICA, a quien siguen DANIEL y CHIROLA, campesinos.

Daniel es un mozo de aire simpático y varonil, de mirada serena y habla reposada y tranquila. Su cuerpo y su corazón están curtidos en la vida del campo. Viste a la usanza de la tierra, limpia y senci-

llamente, chaquetilla de dril, marsellés de paño fino al hombro, sombrero de ala ancha y zahones.

Chirola es un zagalón del cortijo, que lo acompaña.

Quintica. Pazen ustedes, que aquí están.

Rafaela. ¿Quién es? ¡Ah, Daniel! Ya te esperaba.

Don Pablo. ¡Danielillo!

Daniel. Buenos días, don Pablo. Buenos días, zeñorita.

Chirola. Güenos días.

Quintica, sugestionada por la atractiva presencia de Daniel, lo mira sin quitarle ojo con ingenuo embeleso.

Daniel. ¿Por aquí zin novedá de particulá?

Rafaela. Gracias a Dios, ninguna.

Don Pablo. No hay más novedad que esta para la que te llama mi hija.

Daniel. Pa zervirla estamos.

Don Pablo. Pues quiere meterse en tus dominios.

Daniel. En los zuyos zerá; yo no tengo dominios. Ojalá y los tuviera.

Don Pablo. Bien; pues poneos de acuerdo, que yo, como el loro del portugués, voy donde me lleven. Y ahora, por lo pronto, a dar una vuelta por ahí.

Daniel. A la dispozición de usted, don Pablo.

Don Pablo. Quizás te vea antes de que te marches.

Éntrase por la puerta de la biblioteca.

Daniel. Tú, Chirola, aguárdame en er patiniyo.

Chirola. Con lizencia de la zeñora. Vase por la puerta del patio.

Rafaela. Anda con Dios, hombre. Siéntate tú, Daniel.

Daniel. Obedeciéndola. Gracias.

Rafaela. ¿Tienes prisa?

Daniel. La que usté me dé. Yo pa mí no zé lo que es ezo.

Rafaela. De pronto, a Quintica. ¿Tú, qué haces?

Quintica. Sobresaltada. ¿Eh?

Rafaela. ¿Que tú qué haces?

Quintica. Aquí.

Rafaela. Pues aquí es donde no tienes que estar.

Quintica. No me había dao cuenta.

Rafaela. Vete.

Quintica. Zí, zeñora.

Rafaela. Oye.

Quintica. Mándeme usté.

Rafaela. Llévate a mi alcoba este velo.

Quintica. ¿Dónde lo guardo?

Rafaela. Déjalo sobre la cómoda, que yo lo guardaré.

Quintica. Zí, zeñora. A Daniel. Güenos días.

Daniel. Sonriéndole. Vaya usté con Dios.

Quintica. Güenos días. De pronto se vuelve a Daniel y dice:

—Galán cabayero
der campo yegó.
—¿De dónde ha venido
tan fino pastó?
—Tomillo y romero,
zeñora, es mi oló.

Y se va por la puerta del patio, dominada por un extraño sentimiento de admiración hacia Daniel. Tanto él como Rafaela sueltan la risa.

Daniel. ¡Qué retahila! Pero no ha tenío mala zombra. ¿Esta es nueva, no?

Rafaela. Sí, nueva. De El Toronjil.

Daniel. Pos no es desgraciá la chiquiya.

Rafaela. Parece lista y limpia; allá veremos.

Daniel. Bueno; ca vez que vengo lo repito: la caza es otra, principiando por los clavos doraos de la puerta y acabando por los palomares, que ciegan de blancos.

Rafaela. ¿Cómo que es otra?

Daniel. Me refiero a los tiempos en que don Pablo vivía zolo.

Rafaela. Claro. Los hombres no saben dirigir una

casa. Y mi padre menos que ninguno. Dice que le estoy quitando a su biblioteca el polvo de los años, y que el polvo preserva a los papeles de la polilla. Mis ideas son muy diferentes.

Daniel. Ze nota. Zi la polilla trabaja en lo limpio no zé yo cómo vive usté, zeñorita. Rafaela calla. Ze ve, ze ve que vuelan por toa la caza zus dos manos de usté, como dos maripozas. Zeguramente que no hay rincón en que eyas no ze paren.

Rafaela. Vamos a nuestro asunto.

Daniel. Usté me dirá.

Rafaela. Yo quiero, dentro de una semana, irme a pasar unos días en el cortijo.

Daniel. Toa la langosta que cayera por ayá fueze tan dañina. ¿Ze aficiona usté ar fin ar campo?

Rafaela. No; no es eso. Casi voy por necesidad.

Daniel. ¿De zalú?

Rafaela. Tampoco es de salud.

Daniel. Ya. Barrunto por dónde zopla el aire. Hasta ayí ha yegao que el hijo de don Gumerzindo paza más por esta caye que por otra ninguna.

Rafaela. Seriamente. Vamos, no digas tonterías, Daniel. Tú no eres hombre que deba hacer caso de hablillas.

Daniel. Y no lo he hecho. Y usté perdone, zeñorita. Pero lo que ze escucha, en er penzamiento ze quea.

Rafaela. Bien. Iré al cortijo con mi padre y con otro señor y una hija suya que son nuestros huéspedes ahora. ¿Nos podremos acomodar?

Daniel. De mi cuenta corre.

Rafaela. Dice mi padre—yo no lo recuerdo—que no tiene condiciones la casa habitación.

Daniel. Ya haremos que las tenga.

Rafaela. ¿Habrá mucho trastorno?

Daniel. Lo que haya por usté no tiene eze nombre.

Rafaela. Eres impagable, Daniel.

Daniel. Zegún quien me vaya a comprá. Meneesté zería que aprendiera usté de una vez pa ziempre er camino, y de cuando en cuando tuviera una ocurrencia como esta.

Rafaela. ¿Quién sabe? Ahora, figúrate: viviendo ya como vivo en el pueblo y deseando entera soledad... Todavía me voy a hacer una gran campesina.

Daniel. Azí zea. Ar campo, zeñorita, hasta que no ze le quiere, no ze le zaca er gusto; pero cuando ze le yega a queré, to lo demás estorba.

Rafaela. Es posible.

Daniel. Mírelo usté en mí. Cinco años va a hacé por Zan Pedro que murió mi padre, y yo decía entonces que er campo pa los lobos. Por zerví a zu mamá de usté, que esté en gloria, me quedé regentando aqueyo, que por mi inclinación no fué er quedarme; esta es la verdá. Pos bueno: día por día me ha ido ganando er campo de tar manera, que ya usté lo ve: ahora, como no ze me yame, no zargo de ayí pa na der mundo. Como las estreyas der patio der cortijo no hay otras en er cielo.

Rafaela. Riendo. ¿Cómo que no? Esa no la paso, Daniel. Las de mi patio son más blancas.

Daniel. Cuando usté las mire, zerá. Ya verá usté las mías. ¿Desde niña no va usté por aqueyos trigos?

Rafaela. Desde niña, casi.

Daniel. Pos ahora yega usté en un tiempo bonito. Ya zabe usté la copla:

Todas las flores der campo
las cautiva er mes de Enero,
y en yegando Abril y Mayo
zalen de zu cautiverio.

Rafaela. ¡Pero cómo ha acabado por enamorarte! ¡Cuánto me alegro yo! Mi padre, como es así, tan dejado y tan torpe, que hay que decirlo, mil veces me lo ha confesado: si no tuviéramos a Daniel, arrendaba el cortijo.

Daniel. No lo permita Dios.

Rafaela. Así es que me encanta oirte tan satisfecho. Porque, además, como fué mi madre la responsable de este rumbo que tomó tu vida... Yo no olvido que el señor Juan, tu padre, quería darte carrera.

Daniel. Pos viva usté tranquila, que ar fin de cuentas cogí la vereíta más de mi gusto. Por argo habrá zío. Yo creo que ninguna perzona en er mundo va más que adonde zu viento la empuja. Y er que ze pone de cara a zu viento, se estreya. ¡Bien haya er campo, zeñorita! ¡Zi la tierra paga como nadie! Nos lo da to: desde las flores, hasta er pan bendito.

Rafaela. Dices bien. Y además, nos da lo que yo necesito ahora: apartamiento, soledad, silencio... Daniel la mira. Después va a hablar y calla, respetando los sentimientos de la viudita. De manera, que tú quedas en arreglarlo todo.

Daniel. Cabale.

Rafaela. Y tú avisarás.

Daniel. Descuide usté, que yo vendré a decí cuándo está aqueyo bien aviao.

Rafaela. Cuanto antes, mejor.

Daniel. Ya lo zé.

Rafaela. Pues adiós, hasta pronto.

Daniel. Quéeze usté con Dios, zeñorita.

Rafaela. Qué sé yo... Me has comunicado tu entusiasmo. Ya estoy deseando verme allá.

Se va por la puerta de la biblioteca. Daniel la mira irse. Luego echa un cigarrillo y lo enciende. Entretanto, baraja en su frente nuevos pensamientos, cuyos gérmenes acaso estaban en su corazón.

Cuando va a marcharse por la puerta del patio, llegan la ABUELA NITA y GREGORIA.

La Abuela Nita es una vieja chocha, pero que no se quiere morir. Viste con prendas de sus tiempos. Gregoria es una criada de la casa que temporalmente deja. Entre las dos traen, en sendos canastos, una porción de cachivaches que constituyen el más preciado tesoro de la Abuela: cajas antiguas, cuadritos con imágenes, estampas, santirulicos de bronce y de marfil, etc., etc.

Abuela. ¡Rafaela! ¡Rafaela! ¿Pero dónde se ha metido esa niña?

Daniel. Con sorpresa. ¡Hola, zeñora! ¿Qué racha la trae por aquí?

Abuela. Hola, hijito mío. Dios te guarde. ¿Y Rafaela? ¿Y Pablo? ¿Sabes tú?

Daniel. Ayá dentro andan.

Abuela. Pos yo, mentira parese, a mis años, de casa en casa, como si no tuviera ninguna. Pero no me gusta estorbá. Y Felisiano está cargao de chiquiyos, y una boca más siempre pesa. Y no quiero vé caras largas. Ya tú conoses el refrán: parientes y trastos viejos, pocos y lejos.

Daniel. Ezo es una zentencia, zeñora.

Abuela. Y me vengo acá, buscando un rinconsito. Acá será otra cosa. Pablito y su hija están de non en la parentela; sin agraviar a nadie.

Daniel. Zí, zeñora; zí que lo están.

Abuela. Yo no les he de dá ruido ninguno. A mí no se me siente; mis santos, mis resos, mis devosiones, mi carseta... No se me siente.

Daniel. Zí, zeñora. Ha hecho usté bien en mudarze acá. Y quéeze usté con Dios, que yo ya me iba.

Abuela. Ve con Dios, ve con Dios. Tú también me has demostrao siempre mucha ley, buen moso. Ve con Dios.

Daniel. Con Dios, zeñora.

Se va por la puerta del patio.

Abuela. Gregoria: dame acá er canastito ese.

Gregoria. Tome usté er canastito.

Abuela. A vé si viene todo.

Gregoria. Zí; no me haya yo guardao arguna alhaja.

Abuela. No seas respondona. Sobre la mesita auxiliar pone su canasto y el de Gregoria, y busca en uno y otro lo que más le interesa. Gregoria le ayuda. El espejo... ¿Dónde está el espejo?

Gregoria. Aquí está el espejo, zeñora.

Abuela. Mírate la cara de pánfila que tienes.

Gregoria. ¡Mejó! Con gustarle a mi novio...

Abuela. ¡Tu novio! Hasta los gatos quién sapatos. ¿Y Santa Rita?

Gregoria. En er cielo digo yo que estará. ¿Es ésta, por ventura?

Abuela. Ésta es. La besa. San Antonio... San Antonio... ¿Nos hemos orvidao de San Antonio?

Gregoria. Vaya Zan Antonio.

Abuela. Éste es San Luis Gonsaga, poyina. Lo besa también. ¿Dónde está San Antonio? Aquí está. Lo besa. Los dos caracoles.

Gregoria. Místelos. Se aplica uno a una oreja.

Abuela. ¿Qué hases?

Gregoria. Que me gusta escuchá er mormuyo.

Abuela. Trae acá. Er cuadrito con la trensa de pelo... La cruz de conchitas.

Gregoria. Tómela usté.

Abuela. Dale un beso, mostrenca. La besa ella y se la presenta a Gregoria para que la bese ¿Y er Patriarca?

Gregoria. ¿Ez éste?

Abuela. ¡Éste es San Fransisco!

Gregoria. ¡Zeñora, zi yo no los trato! ¡Como zon forasteros tos!... A mí me basta con rezarle a la Virgen, que es de aquí de Peña Reá.

Abuela. De bastante te va a serví. Aquí está er Patriarca. Le da su beso correspondiente. ¿Y er rosario de arjofa?

Gregoria. Liao viene en este papé. Digo, viene er jilo, porque der rozario quean zeis cuentas.

Abuela. Tú te vas a ganá muchos mojicones en esta vida. Por insolente.

De la biblioteca sale DON PABLO, dispuesto para irse a la calle. Con él sale TOPETE.

Don Pablo. Anda, secretario, acompáñame en mi paseo.

Topete. Que me place.

Don Pablo. ¡Abuela Nita!

Abuela. ¡Pablito de mi corasón! Lo abraza.

Don Pablo. ¿Cuándo ha venido usted?

Abuela. Ahora mismo. ¿Cómo te va, Topete?

Topete. Muy bien; para servirla, señora mía.

Abuela. A don Pablo. ¿Habló Felisiano contigo?

Don Pablo. Habló con Rafaela. No tiene usted nada que añadir. Ésta es su casa de usted siempre. Aquí viene cuando se le antoje: no lo olvide.

Abuela. Conmovida. Lo tengo dicho: son ustedes la honra de la casta: tú y tu hija. A Gregoria. Lárgate tú ya cuando quieras.

Gregoria. Pos que usté ziga bien.

Abuela. ¡Adiós!

Gregoria. Y la compañía.

Don Pablo. Vete con Dios, muchacha.

Abuela. ¡Ah! mira: que no dejen en seguida de mandarme er baú.

Gregoria. Yo lo diré.

Abuela. Y registra tú la dama de noche, no se me hayan orvidao ayí mis *carsapoyos.*

Gregoria. ¿Argo más?

Abuela. La parma der barcón, que también la quiero.

Gregoria. Descuide usté, que to vendrá. Güenos días. Se marcha por la puerta del patio.

Abuela. Y ahora que se ha ido esa, que es muy métome en todo: tú dirás: ¿pero este demonio de vieja, pa qué dansa tanto?

Don Pablo. Yo no digo tal cosa, abuela Nita.

Abuela. Pos mira, hijito, mira: Felisiano y su gente no me han tratao mal: mentiría si otra cosa dijera; pero tienen la manía de que me he de morí porque he cumplido ochenta años. ¡Esta es una idea que ha echao raíses en toas las cabesas de aqueya casa! Y a mí me hase muy malas tripas, como comprenderás.

Don Pablo. ¡Es claro!

Topete. ¡Pero si se conserva usted al pelo!

Abuela. Como que estoy mejó que en mis treinta. Yo la cabesa la tengo firme: no sé ni lo que es un mareo. Los dientes, mira: ninguno me farta; el estómago lo echo a peleá con er tuyo...

Don Pablo. ¿Para qué?

Abuela. ¡No me quiero morí! ¡No me da la gana de morirme! ¡Hay vieja pa un rato!

Don Pablo. Así será.

Abuela. Pos ahora, con este toletole de la estreya de rabo, que disen que va a sé er fin der mundo, no hay ayí otra conversasión que la de la muerte. ¡Mire usté qué plato de postre! Y tos me miran de reojo, como si me quisieran desí: Abuela, lo que es de ésta no nos escapamos. No me lo disen, ¿oyes? pero lo piensan. ¡Es mucho cuento!

Don Pablo. Pues viva usted tranquila, y no haga caso de romances, que ni usted ni el mundo se acaban así como así. Vamos con Rafaela.

Abuela. No; cumplidos, no. Yo me sé la casa de memoria. Tú te vas con Topete a tu paseo, y me dejas a mí, que ya sabré dá con tu hija.

Don Pablo. Perfectamente. No me opongo.

Topete. ¡Viva la libertad individual!

Abuela. Este Topete... ¿Cuándo te casas tú?

Topete. ¿Que cuándo me caso, abuela Nita? ¡Si tengo siete hijos!

Abuela. Es verdá: es que a lo mejó te confundo con tu primo Isaías. Ea, ea, a pasearse por ahí, que está la mañana muy fresca y muy hermosa.

Don Pablo. Hasta después, abuela Nita. Y bien venida sea.

Abuela. Ir con Dios, ir con Dios...

Topete. Hasta luego. Se marcha con don Pablo.

Abuela. Conmoviéndose de nuevo. Lo mejó, lo mejó de

la casta... Pablito... ¿Dónde andará la nena? Llamándola. ¡Rafaela! ¡Nena! ¡Rafaelita! Éntrase por la biblioteca.

Hay un momento de silencio, y luego se oye otra vez en la calle el pregón del CIEGO PALOTES.

Palotes. ¡Niñas! ¡niñas! ¡Er mundo se acaba er mes que viene! ¿Quién me compra er romanse de *La fin der mundo? ¡La fin der mundo!* ¡Er mundo se acaba er mes que viene!

Como gato seguro de su presa sale QUINTICA por la puerta del patio al conjuro de la voz de Palotes.

Quintica. Ahora no hay nadie. ¡Ahora zí que lo compro! Se sube al alféizar de una de las ventanas y por cima de la celosía llama al ciego. ¡Tío! ¡Tío! ¡Sssss! ¡Sssss! ¡Tío!

Palotes. Dentro. ¿Quién me llama?

Quintica. ¡Aquí!

Palotes. ¡Voy!

Quintica. Déme usté uno.

Palotes. Vaya.

Quintica. ¿Cuánto es?

Palotes. Una perriya.

Quintica. Tómela usté. Se la oye botar en las losas de la acera. ¡Ze cayó! Junto ar pie le ha caío.

Palotes. Ya, ya la veo.

Quintica. ¿Pero no es usté ciego, hermano?

Palotes. Las moneas las distingo un poco: como son manchas negras...

Quintica. Vaya usté con Dios.

Palotes. ¡Hasta el otro mundo, mosita! Se aleja pregonando.

Quintica baja de la ventana, pegados los ojos al romance, que empieza a leer encantada del fondo y de la forma y ávida de noticias sobre el fin del mundo.

Quintica.

«Er día trece de Junio
er mundo ze va a acabá:
loz ateos y creyentes

deben todos de rezá.
Habrá primero en er cielo
una aurora boriá...»

Sale ISIDORO también por la puerta del patio.

Isidoro. ¿Lo compraste?

Quintica. Zí.

Isidoro. ¿Y qué dise?

Quintica. Leyéndolo estaba. Escucha:
«Er día trece de Junio
er mundo ze va a acabá:
loz ateos y creyentes
deben todos de rezá...»

Isidoro. Espérate, que yame a ésta.

Quintica. ¿A quién?

Isidoro. A Juana.

Quintica. Yámala, zí.

Isidoro. ¡Juana! ¡Ven acá!

Quintica. Sin apartar los ojos del romance. ¡Huy, cuántas cozas dice!

Isidoro. Porque ésta no cree que se acaba er mundo. Y yo quieo encargarme de convenserla.

Quintica. ¿Pa qué?

Isidoro. ¡Mujé, porque si de veras se acaba, es una tontería no aprovecharse bien de los días que nos quean!

De la biblioteca sale JUANA, secándose las manos en el delantal.

Juana. Vamos a vé: ¿qué quieres?

Isidoro. Oye er romanse de la fin der mundo.

Juana. ¿Lo has comprao?

Quintica. Zí.

Isidoro. Oye. ¡Pa que lo niegues!

Quintica. Anhelante.
«Er día trece de Junio
er mundo ze va a acabá:
loz ateos y creyentes
deben todos de rezá...»

Aparece CHIROLA por la puerta del patio.

Chirola. Pero ¿y Danié? ¿Ze ha dío?

Isidoro. ¡Danié se fué hase ya diez minutos por er postigo hablando solo! ¡Escucha esto! Anda, sigue, Quintica.

Quintica. «Er día trece de Junio
er mundo ze va a acabá:
loz ateos y creyentes
deben todos de rezá.
Habrá primero en er cielo
una aurora boriá,
que con yamas infernales
la tierra iluminará...»

Sale la ABUELA NITA por donde se marchó a recoger sus bártulos. Al ver el curioso grupo de los criados, se detiene sin ser notada, y escucha con espanto la lectura que le trae a la memoria su pesadilla. Los criados atienden llenos de candorosa superstición. Quintica lee con toda el alma que el asunto merece, haciendo honor a la escuela de El Toronjil.

«Rodeará nuestro globo
una armórfera fatá,
y laz aves afirziadas,
de gorpe ar zuelo cairán.
Ze dezatará más tarde
un furiozo vendavá,
que derribará las torres
y hará que se vuerque er má.
Luego, una yuvia de estreyas,
con tanta velocidá,
que paraje donde caiga
zepurtado quedará.
Después...»

Baja el telón, cortando en este punto la lectura.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma sala del acto primero. Es por la mañana también pero estamos en Junio.

TOPETE, sentado a su mesa, escribe algo que le hace reír.

Topete. La vanidad humana es infinita. El miedo le ha vuelto el juicio a este pobre señor.

Sale de la biblioteca DON DIONISIO. En su frente, que surca una profunda arruga, hay una idea fija. Sus ojos están apagados.

Don Dionisio. ¿Decía usted?

Topete. No... nada .. Aquí tiene usted el borrador y el limpio del documento.

Don Dionisio. Primoroso trabajo. Es usted la misma amabilidad.

Topete. A sus órdenes siempre.

Don Dionisio. Obligado yo. Así me quedo más tranquilo. Guarda los papeles en la cartera, y pasea mirando a Topete. Luego se asoma a una de las ventanas. Ya parece que vuelve gente de la iglesia. Usted tampoco ha querido ir.

Topete. No, señor. No habla mal el padre Manolito; pero no estoy de humor de sermones. Bastante tengo con mi casa, para que venga el cura a cortarme el resuello. ¡Si suena la trompeta final, que suene!

Don Dionisio. ¿Tan desesperado está usted?

Topete. ¿No he de estarlo, si vivo? Vivir es llorar. Yo me defino de este modo: «Soy un infusorio nadando en una lágrima.»

Don Dionisio. Yo también llevo algunos días dominado por ideas bien tristes. Y en mí son raras, esta es la verdad. Naturalmente amo la vida y sus encantos. Pero ese dichoso cometa que nos amenaza, me trae a mal traer. Los nervios disparados, la cabeza llena como de humo... No soy yo, no soy yo. Mi hija dice que esto no es más que miedo... Burlas de mi hija, como usted comprende... ¡Miedo! ¡miedo! Es claro que algún miedo tengo: como usted, como Pablo... como todos... Lo sobrenatural, amigo, lo de tejas arriba... impresiona y encoge el ánimo... ¿no?

Topete. Atribuya usted ese estado suyo a los trastornos atmosféricos. ¡Mire usted que el solano de ayer tarde! ¡Cosa más fatigosa!

Don Dionisio. Yo creí morir. ¿Pues y la tormenta del domingo? ¡Santo Dios! ¡Qué truenos! ¡Qué piedras! Parecía que el fin del mundo se anticipaba a todos los pronósticos.

Topete. Total: mucho ruido y pocas nueces. Porque este retablillo terrestre seguirá funcionando; no tema usted cosa mayor.

Don Dionisio. Queriendo sonreír. Mañana saldremos de dudas.

Topete. Usted ha de verlo.

Don Dionisio. Por lo que valga, yo quiero dejar mis cuentas corrientes. ¿Tiene usted siete hijos, verdad, me ha dicho Rafaelita?

Topete. Siete... y la pelota en el tejado.

Don Dionisio. ¡Qué buen humor!

Topete. Como la risa del conejo, no se figure usted. Suspirando. ¡Ay! ¡Siete desgraciados, a quienes les he hecho el flaco servicio de traerlos a esta vida mísera!

Don Dionisio. Sacando su cartera. ¿Y usted sería tan condescendiente que aceptase de mí...?

Topete. En modo alguno.

Don Dionisio. No es retribución de la merced que acaba de hacerme, ni de otras que le debo: es gusto mío en que les compre usted unos juguetes a sus chiquitines.

Topete. Enternecido. Se ha ido usted al corazón derecho. Acepto, amigo mío. Muchas gracias. Toma el billete que le da don Dionisio.

Don Dionisio. Ahora bien: yo sé que usted tiene un vicio que lo domina. Topete suspira amargamente. Lo sé. Pues yo me atrevo a exigirle a usted palabra de honor de que ese dinero ha de emplearlo íntegramente en juguetes para sus hijos.

Topete. Balbuceando conmovido. Y yo... yo le doy a usted mi palabra...

Lejos, en la calle, un COMPRADOR ambulante pregona, dulce y graciosamente, cortándole a Topete el hilo de la frase, y poniéndolo de un pálido marmóreo.

Comprador. ¡Huesos de jamones!... ¡huesos de jamones!... ¡Se compran baratos huesos de jamones!...

Don Dionisio. ¿Qué le sucede a usted?

Topete. Reponiéndose y en un supremo esfuerzo de dignidad. Nada, señor... nada... que el rasgo de usted me ha llegado a lo hondo... Palabra de honor de que este generoso regalo es para mis hijos de mi alma.

Don Dionisio. Fío en ello completamente.

Topete. Y ahora, voy a apuntarlo.

Don Dionisio. ¿A apuntarlo, dice?

Topete. Sí, señor. Yo soy una paradoja viviente: soy el desorden ordenado. ¡Todo lo apunto! En estos cuadernitos: vea usted. Saca varios de un cajón de la mesa. «Préstamos.» «Ganancias.» El de las ganancias es verde: esperanza. «Donativos.» «Pérdidas.» El de las pérdidas es colorado: rubor. Fíjese usted qué tamaño tiene. Es el

mayor de todos. En el cuaderno correspondiente apunta el donativo recibido.

Don Dionisio. Curiosa persona es usted.

Llega DON PABLO por la puerta del patio.

Don Pablo. A la paz de Dios, caballeros.

Don Dionisio. Buenos días, Pablo.

Topete. Buenos días.

Don Dionisio. ¿Terminó ya el sermón?

Don Pablo. A Dios gracias, porque hasta desmayos ha habido.

Don Dionisio. ¿Sí, eh?

Don Pablo. Pregúntales a tu hija y a Rafaela, cuando bajen ahora. Por supuesto, yo desde que vivo en Peña Real no he conocido obsesión semejante a esta del cometa. Y como además hemos pasado casi un mes allá en el cortijo, y no hemos visto formarse la bola, la excitación en que están los ánimos poco menos que nos coge de nuevas. ¡Cristo Padre, qué cosas se dicen!

Don Dionisio. Tanteando el terreno. ¡Claro! La imaginación andaluza... la ignorancia del vulgo...

Don Pablo. No, no, no; no todo es ignorancia en este caso. Ni menos fantasía. Ahora como nunca se funda la amenaza del cheque sobre base real; en cálculos científicos y no en disparates de profetas de tres al cuarto.

Topete. Sí; eso sí.

Don Dionisio. Sin embargo, algunos no le dan más valor que el de un curioso fenómeno celeste, muy repetido ya en el transcurso de los siglos. Para mí son esos los que están en la firme... ¿no?

Don Pablo. Sonriendo. Por lo menos, a esos son a quienes nos conviene creer.

Don Dionisio. ¿Cuál ha sido la opinión del cura en el púlpito?

Don Pablo. El cura ha aterrorizado a los fieles. Casi no les ha dejado más esperanza de que el mundo siga que la infinita bondad de Dios. A última hora ha re-

cordado con voz estentórea palabras del Apocalipsis de San Juan... «¡El libro de la vida será abierto!... ¡La mar devolverá sus cadáveres!... ¡Cada uno será juzgado según sus obras!... ¡Dios hará un nuevo cielo y una tierra nueva!..» Te digo que les ha dado el rato. Que nos ha dado el rato.

Don Dionisio. En la mitad de las carnes. Ya, ya.

Don Pablo. Eso sí: de cuando en cuando volvía al tema de la esperanza; abría la puerta salvadora en el hecho de que sepamos hacernos merecedores de la suma piedad del Altísimo.

Topete. Te veo, Mendoza: en el cepillo de las Ánimas darán razón. Aquí el que no corre vuela.

Don Dionisio. Amigo Topete, esa irreverencia en estas circunstancias tan críticas...

Topete. Usted perdone.

Don Dionisio. ¿Y dices, Pablo, que ha habido desmayos en el templo?

Don Pablo. Varios ha habido, sí. La chiquilla mayor de Jacinto Rey se puso algo malucha; casi perdió el sentido. Y a Pepa Galiana la tuvieron que meter a puñados en la sacristía con una pataleta.

Topete. Bien; hay que ponerse en la situación de Pepa Galiana. Es de lo más tragicómico que se puede idear.

Don Dionisio. ¿Pues qué le acontece a esa señora?

Topete. ¡Friolera! Que se ha casado por poderes con un cubano, el cual debe llegar pasado mañana a la Coruña. Y si mañana se acaba esto... ¡vaya una bodita sandunguera!

Don Pablo. ¡Bah!

Topete. Es cosa que se ha asegurado en el Casino.

Don Dionisio. Amigo mío, es que en el Casino se miente y se disparata sin fronteras. A don Pablo. ¡De la estrella de rabo hay allí quien te da pelos y señales como si tuviese en ella una casita de recreo! Y bien

están los cálculos científicos, pero ¡por el amor de Dios!...

Topete. Pablo, ¿no conoces el lance de don Aniceto?

Don Pablo. No.

Topete. Es magnífico: de comedia. Y esto me consta que es verdad. Él, como sabes, es un recalcitrante vegetariano; apenas come más que legumbres.

Don Pablo. Así está: de color de acelga.

Topete. Pues ayer llama al médico con voces de socorro porque se moría por la posta.

Don Pablo. ¿Y eso?

Topete. En vista de que el mundo estaba en las últimas y de que ya todo era igual, creo que se metió cuchillo en ristre en la despensa y emprendió un duelo a muerte con un jamón serrano.

Don Pablo suelta la carcajada. Don Dionisio no puede.

Don Pablo. ¡Qué suicidio más original!

Topete. Y luego decia, echando fuego por la boca: «¡Ya sabía yo que esto del jamón era un veneno!»

Don Dionisio. A mí me han contado también de un borracho popular en Peña...

Topete. Ah, sí: Pitraco.

Don Dionisio. Ése. Parece ser que lleva seis días tendido a lo largo en la cama, sopla que sopla.

Topete. Ni más ni menos. Cada vez que se despierta llama a su mujer y le pregunta: — «Agustina, ¿se acabó ya er mundo?—No, hombre, no.—¡Pos tráeme otra copa!» Y así piensa esperar los acontecimientos.

Don Pablo. Gran filósofo. Ello es, en resolución, que la historia vuelve; la historia se repite. No nos trae un capítulo nuevo.

Don Dionisio. ¿Por qué lo dices, Pablo?

Don Pablo. Porque desde Zaratustra acá vive y resurge en la humanidad perpetuamente el miedo de que el mundo se acabe. ¡Ay, mundo, mundillo!...

Don Dionisio. Es interesante el libro que me has dado a leer.

Don Pablo. En él hallarás comprobado esto que estoy diciendo. En todos los siglos ha habido manifestaciones de ese temor y de ese espanto. Los cometas, las estrellas fugaces, los eclipses de sol, las noches súbitas, las erupciones volcánicas, los temblores de tierra, los estragos de la peste o del hambre, todo ha sido cien veces tomado como señal del fin del mundo en la historia del hombre.

Don Dionisio. Cabal, cabal... Y, a pesar de ello, el mundo sigue.

Topete. Hasta que una vez vaya de veras.

Don Dionisio. Este autor pinta las escenas horrorosas de los años de mil con los más lúgubres colores. Se pone la carne de gallina.

Don Pablo. ¡Oh! Ya lo creo. Como que en el milenario, sin duda, recorrió la tierra, estremeciéndola, una siniestra ráfaga de muerte. *Termino mundi appropinquante.* Así se encabezaban muchos documentos de la época.

Don Dionisio. Y, no obstante, como decía, el mundo rueda y vive...

Don Pablo. Vive y rueda, es cierto. Y no será tan mala cosa cuando tanto tememos su fin. Ayer pasé mal rato.

Don Dionisio. ¿Por qué?

Don Pablo. Estuve en casa de los de Saavedra...

Topete. Ah, sí.

Don Pablo. Tienen una hija de quince años, enferma tiempo hace, que es una compasión. Se les muere sin remedio alguno. Y me preguntaba la pobre si yo creía que era verdad que el mundo se acababa. Y había una luz de esperanza en sus ojos, que me conmovió. Notó ella el efecto de la pregunta, y dijo sonriendo: «No se apure usted, don Pablo; usted ya ha vivido bas-

tante.» Creyó que me afligía por mi vida, inútil ya, y no por la esperanza imposible de la suya, que se extingue en flor.

Silencio. Los tres reflexionan.

Don Dionisio. Mi hija no baja. Voy a verla.

Don Pablo. Estarán de palique las dos.

Don Dionisio. Voy a verla. Para seguir en seguida leyendo ese libro, que me ha echado la garra bien. Se entra en la biblioteca.

Topete. A don Pablo, que permanece abstraído, así que don Dionisio se va. Prepárate a morirte de risa.

Don Pablo. ¿De risa? Puesto que hay que morir, buena muerte es esa, Topete.

Topete. Ahí donde lo ves, me ha dictado su papeleta de defunción.

Don Pablo. ¿Es posible?

Topete. ¡Por si mañana es el fin del mundo!

Don Pablo. ¡Ja, ja, ja!

Topete. ¿No te dije que te ibas a reír?

Don Pablo. Pero si mañana es el fin del mundo, ¿qué lectores va a tener eso? ¡Menos que mi revista!

Topete. Pues ya la lleva sacada en limpio en la cartera. Como si se fuera a publicar en un periódico. No ha omitido ni el detalle de «se suplica el coche».

Don Pablo. ¡Que huelga en absoluto!

Topete. ¡Calcula tú! Si mañana se acaba el mundo, ¿qué cochero va ir?

Don Pablo. ¡Ja, ja, ja! La realidad siempre sorprendiéndonos con su inventiva inagotable. Los dos se han sentado: Topete a su mesa y don Pablo junto a la mesita auxiliar. El Comprador ambulante canta de nuevo un poco más cerca.

Comprador. ¡Huesos de jamones!... ¡huesos de jamones!... ¡Se compran baratos huesos de jamones!... Topete se pone muy nervioso. Don Pablo lo mira maliciosamente.

Don Pablo. ¡Bonita voz tiene ese tío! ¿Verdad, secretario?

Topete. Sin querer aceptar la broma. ¡Pre... preciosa; sí!

Don Pablo. ¿Por qué no sales y le adviertes que en casa de don Aniceto ha quedado un jamón en los huesos, por obra y gracia de un furioso vegetariano?

Topete. Materialmente saltando en el sillón. ¡Que... que lo huela él, si quiere!

Don Pablo. Implacable. ¡Lástima que *nos* coja sin dinero este cataclismo universal! ¿No, Topete amigo?

Mefistófeles mismo no hubiera sonreído con mayor malicia que el desasosegado secretario, al oír tales palabras.

Sale por la puerta del patio la ABUELA NITA con una lamparilla de aceite encendida, y un santo. Viene afligidísima.

Abuela. Er Señó tenga piedá de nosotros... ¡Ay, Pablito! He estao escuchando la conversasión de Emma y de Rafaela, sin que eyas se enteraran... ¡Dios de Israé, qué cosas ha dicho er padre en er púrpito! Y las picaronas se reían.

Don Pablo. No se apure usted, Abuela; no tenga cuidado ninguno. El cura cree que su deber es atemorizar a los pecadores, pero no será tanto como él dice.

Topete. ¡Qué ha de ser! ¡Ni que por primera vez en la vida apareciera en el cielo una estrella de rabo!

Abuela. ¡Es que esta *indina* cada noche se ve más serca! ¡Ayer de madrugada me ha dicho Quintica que paresía que se iba a caé!

Don Pablo. No es fácil; no es fácil que se caiga. Está bien sujeta.

Abuela. Bueno, pero me vas a dejá que ponga aquí ar Patriarca bendito.

Topete. ¡No; eso no: en mi mesa no tolero santo ni lamparilla!

Abuela. Hereje, masón, ateo; Dios te va a castigá...

Don Pablo. La verdad es, abuela, que buena está ya de santos la casa.

Abuela. ¿Tú tampoco lo quieres? ¡Si en esta sala no hay ninguno!

Don Pablo. Por mí déjelo usted ahí, pero...

Abuela. Sí, hijito, sí; aquí voy a dejártelo. No es más que por dos días. Hasta que pase er peligro, ¿sabes? Le da un beso al santo y lo coloca con la lamparilla sobre un mueble. ¡Ajajá! Tú tendrás cuidao de que no se derrame la mariposa, ¿verdá, Pablito? Voy a vé si hay que echarle más aseite a la Santa Mónica de aquí. Se entra en la biblioteca.

Don Pablo. ¡Pobre abuela Nita, con sus santos!...

Topete. ¡Lo aferrada que está ella a la vida, con medio siglo en cada pierna!

Allá arriba, en el piso principal de la casa, suena lento y suave el dulce tecleo de un piano pulsado por manos de mujer

Don Pablo. Con grata sorpresa. ¡Oh! ¿No oyes, Topete?

Topete. ¿El piano? ¿Es Rafaelita?

Don Pablo. Ella es. Tiempo hacía que no lo escuchaba. ¡Buena señal es esta!

Topete. La mejor de todas.

Don Pablo. ¡Prodigios del campo! Me parece mentira. Me voy a oírla más cerca. Algún día tenía que ser el primero.

Se va embelesado con la música por la puerta del patio.

Topete escucha también encantado la tierna melodía y aun la acompaña con tarareo suave. En tan ideales momentos vuelve a oírse en la calle, cerca de las ventanas, el tentador pregón.

Comprador. ¡Huesos de jamones!... ¡huesos de jamones!... ¡Se compran baratos huesos de jamones!...

Topete se estremece como si lo sacudiera un calambre.

Topete. ¡Calla! ¡calla, sirena! ¡que esto es provocar a un hombre honrado! Se pasea nerviosísimo. ¡Por vida de!... Parándose de pronto. En rigor, yo lo que he prometido ha sido comprarles a mis hijos unos juguetes invirtiendo en ellos esta cantidad... ¡y como tengo la seguridad de triplicarla!... Vuelve a los paseos. Luego se detiene otra vez. Y en último caso, ante la catástrofe terrestre que nos amena-

za, ¿qué vale la palabra de honor de un infusorio? Lo dijo Hamlet: palabras, palabras, palabras...

Coge resueltamente su sombrero, se lo encasqueta, y se va como perseguido por la puerta del patio.

El piano sigue oyéndose allá arriba.

Cruzándose casi con Topete llega DANIEL.

Daniel. ¿Adónde irá eze hombre tan apriza? ¡Vaya un empujón que me ha dao! Pausa. Presta complacido atención a la música. La que toca ez eya... Eya es... Yo debía mandá razones y no pizá esta caza.

Sale QUINTICA de la biblioteca.

Quintica. Ahora viene don Pablo.

Daniel. Bueno.

Quintica. Ayí está embobao oyendo tocá a la zeñorita. Dice que desde er luto de eya, hasta hoy, no había güerto a tocá.

Daniel se emboba a su vez, aunque de otro modo que don Pablo; y Quintica, a quien como ya sabemos cautiva el campesino, lo mira encantada siguiéndole los movimientos. Poco después cesa la música. Daniel pasea, sin hacer caso de la mozuela. Ésta, por fin, exclama:

Zolo estaba zu zeñoría:
yo le ofrecí mi compañía.
Niño Dios:
zon las dos.
Zan Andrés:
zon las tres.
Tarde es.
Mientras quiera zu zeñoría
yo le ofrezco mi compañía.

Daniel la mira y le sonríe con bondad.

¿De qué ze ríe usté?

Daniel. De ti.

Quintica. ¿Le hago yo a usté gracia?

Daniel. Mucha.

Quintica. A vé zi me pongo colorá. Silencio. ¿Usté

zabe zi el año que viene iremos ar campo como este año?

Daniel. Más bien lo zabrás tú que yo.

Quintica. ¿Por qué?

Daniel. Porque más bien que yo zabrás zi la zeñorita está contenta.

Quintica. Y ayí, ¿quién no va a estarlo?

Daniel. ¿Tú lo estabas?

Quintica. Más que en parte ninguna. A mí er campo me gusta muncho. Y a la zeñorita no le gustaba antes, pero ahora le ha gustao también muncho.

Daniel. Ezo me alegra a mí. Y ziendo azí, como tú dices, no zería malo vorvé pa el otoño.

Quintica. ¡Ajolá! Digo, zi no ze acaba er mundo mañana.

Daniel. ¡No ze acaba er mundo!

Quintica. ¿Que no? Pos en er pueblo toa la gente lo cree. Cera bendita hay en munchas cazas pa cuando er zó ze apague. ¡Miste que zi er zó ze apaga de pronto!

Daniel. Nos alumbraremos con la luna.

Quintica. ¡Pero zi la luna no tiene más luz que la que er zó le da! Yo lo he estudiao en la geografía.

Daniel. Bien dices.

Quintica. ¿Quié usté la mitá de un cabito e cera que tengo yo pa mí?

Daniel. Ya me lo darás luego. ¿Dónde has estudiao tú la geografía?

Quintica. En la escuela de Er Toronjí, que es mi pueblo. Yo zé munchas cozas. Por ezo estoy tan azustá con esto de la fin der mundo. Zé que hay zatélites, y que hay cometas, y vorcanes de fuego y auroras *boriales;* y zé que la tierra ze mueve arrededó de zu *ojo;* y que cuando hay terremotos es cuando ze para, que paece ar revés, pa la que no lo haya estudiao; y zé que no ez esta la primera vez que ze ha acabao er mundo; que ze acabó cuando er diluvio universá, que estuvo yo-

viendo tos los días cuarenta y ocho horas, y que no ze zarvaron más animales que Noé y zu familia. To ezo zé.

Daniel. Bueno, mujé; y yo te felicito. Y zi ze acaba er mundo de esta hecha...

Quintica. Es que yo también zé otra coza, Danié...

Daniel. ¿Otra coza más? ¿Qué más zabes?

Quintica. Pos zé... una oración pa zarvarze de la fin der mundo.

Daniel. Ezo zí que es zabé.

Quintica. Y es mu preciozízima.

Daniel. Zí que lo zerá.

Quintica. Y en ca pueblo no puén zaberla más que dos perzonas. En cuanto la zaben tres ya no zirve; pierde toa zu virtú.

Daniel. ¡Vamos! ¿Y tú a quién ze la has dicho?

Quintica. A nadie toavía.

Daniel. ¿Pa cuándo lo dejas?

Quintica. Es que no he tenío oportunidá. Una no es libre de hacé lo que quiere.

Daniel. ¿Penzarás decírzela a tu novio?

Quintica. Farta que lo tenga.

Daniel. ¿A quién, entonces?

Quintica. No está lejos de aquí.

Daniel. En voz más baja. ¿A la zeñorita Rafaela, tar vez?

Quintica. No, zeñó, que tienen que zé una mujé y un hombre.

Daniel. ¡Ya!

Quintica lo mira ruborosa. Él la mira a ella sin comprenderla.

Quintica. ¿Quié usté que ze la diga a usté?

Daniel. Un poco sorprendido. ¿A mí?

Quintica. ¿No quié usté zaberla?

Daniel. Yo, zí; pero como dices que no han de zaberla más que dos pa que zirva...

Quintica. Bajando los ojos. Por ezo mismo...

Daniel. Después de un significativo silencio. Te agradezco que la rezerves pa mí. Dímela, mujé, dímela.

Quintica. ¿De verdá quié usté que ze la diga?

Daniel. De verdá.

Quintica. Toa con *repelucos* estoy... Dice, dice...

Zeñora:
gentir golondrina,
campana zonora,
estreya de naca,
divina pastora
que estáz en los cielos
con trono de aurora:
a tus pies postrados
dos enamorados...

Deteniéndose con rubor. Es mu larga... Yo le daré a usté luego un papé donde la tengo escrita... Porque también dice cozas que yo no quieo decí.

Daniel. Ezo, a tu voluntá.

Quintica. Zí, zí; luego ze la daré...

Daniel. Cuenta con que yo ya zin eya no me voy.

Quintica. Y yo me alegro de ezo muncho.

Daniel. Y dime, Quintica: ¿pué zaberze...?

Quintica. ¿Qué?

Daniel. Lo que te ha yevao a decírmela a mí.

Quintica. No me haga usté a mí eza pregunta. El *aqué* de la zimpatía, zeñó, que no hay quien lo explique...

Daniel. El *aqué* de la zimpatía...

Salen por la puerta del patio RAFAELA y EMMA. A una y a otra las ha embellecido más aún el aire del campo. La viudita combina ya dichosamente en su vestido el blanco y el negro. Entre DANIEL y RAFAELA se produce extraña turbación. Quintica, por su parte, no da pie con bola.

Rafaela. Hola, Daniel.

Emma. Buenos días.

Daniel. Dios las guarde a ustedes.

Rafaela. A Quintica, por decir algo. Quintica, óyeme.

Quintica. Mándeme usté.

Rafaela. Llégate a casa de Saavedra... y pregunta cómo está hoy la señorita Ángela.

Quintica. Ahora mismo.

Rafaela. Y nada de entretenerte a la vuelta a charlar en la fuente.

Quintica. Pierda usté cuidao, zeñorita. Se queda quieta, mirando a Daniel.

Rafaela. ¿Qué aguardas?

Quintica. No... na... A Daniel. ¿Usté ze va o ze quea?

Rafaela. ¿Eh?

Quintica. Güeno, yo gorveré en zeguía... Luego le daré aqueyo que usté zabe. Se retira desconcertada.

Emma. ¿Qué es aquello que usted sabe, Daniel?

Daniel. ¡Qué zé yo!... Cozas de Quintica... Una oración que me ha ofrecío pa librarme de la fin der mundo. Como es tan romancera... Se ríen los tres.

Emma. Tiene gracia la tal Quintica.

Daniel. Rafaelita... ¿y don Pablo?

Rafaela. En mis habitaciones está.

Daniel. Zubiré a verlo, ya que ér no baja.

Rafaela. Se ha puesto a arreglar muy afanoso los papeles de música. Suspirando. ¡Ay, Dios mío!... ¡Cómo vuelve todo!...

Daniel. Voy en busca de é. Hasta luego.

Rafaela. Hasta luego.

Emma. Adiós. Daniel se aleja por la puerta del patio. Las dos amigas callan. Pausa. Emma mira a Rafaela maliciosamente.

Rafaela. Estoy pensando en la oración esa de Quintica.

Emma. ¿Sí, verdad?

Rafaela. ¡Mira que sabe chilindrinas!

Emma. ¿Y tú, no sabes ninguna otra oración que ofrecerle a Daniel?

Rafaela. ¡Qué tonta eres!

Emma. Muy tonta, sí; pero te digo que esto va por la posta.

Rafaela. Calla, calla.

Emma. ¡Cómo te envidio la aventura!

Rafaela. No disparates, Emma.

Emma. Pero, ¿vas a negarme todavía...? ¡Si lo mismo ha sido verlo que no saber qué hablar! Trae acá las manos. ¡Como el hielo! ¡Naturalmente!

Rafaela. Tendré que reírme. ¡Pobre muchacho! ¡La verdad es que pone una cara cada vez que se tropieza conmigo!...

Emma. Pues se parece mucho a la que pones tú.

Rafaela. ¡Bah! ¡Qué simpleza!

Emma. Sí, sí.

Rafaela. ¡Diablo de Daniel, y qué enamoramiento le ha entrado! No te rías. Claro, tú en la gloria; encuentras el lance de perlas. Una viudita, un campesino, sentimientos selváticos, amores primitivos, el idilio, la égloga... Te conozco, sí. Pero una cosa pinta la fantasía y otra es la realidad.

Emma. ¿Por qué? No hay mayor encanto que cuando convienen las dos. Yo protesto de que a la realidad se le niegue la fantasía. Soy una víctima del equilibrio. ¡Vivan los disparates!

Rafaela. Jesús, Jesús... Por mí, que vivan. Con tal de que no me cojan en medio...

Emma. Pues si a esta aventura le llamas disparate, en medio te han cogido. Pero no lo es.

Rafaela. ¿Que no lo es?

Emma. ¿Dónde está el disparate? Daniel es un hombre sano y fuerte.

Rafaela. Sí.

Emma. Tú eres una mujer bonita.

Rafaela. Pase, para no discutir.

Emma. Daniel, que te ha tratado de cerca en el campo, se ha prendado de tu persona.

Rafaela. No digo que no...

Emma. Hasta ahora el disparate no parece. ¿Dónde está?

Rafaela. En que sea Daniel ese hombre y yo esa mujer.

Emma. En eso precisamente está el incentivo.

Rafaela. Para ti, que eres loca.

Emma. Y para ti... porque te gusta Daniel.

Rafaela. ¡Vamos!

Emma. ¿Que no?

Rafaela. Que no, te digo sinceramente.

Emma. Pues ni contigo ni conmigo eres sincera.

Rafaela. Pero aun suponiendo que me gustase...

Emma. ¿Qué?

Rafaela. ¿Adónde iríamos a parar? ¿Qué lógica, qué sentido podría tener esto?

Emma. ¡Sentido común! ¿Te parece poco? Él es libre.

Rafaela. ¡Sí!

Emma. Tú también lo eres.

Rafaela. Yo, no; no lo quiero ser. Estoy atada a mis recuerdos. No hablemos de esto, Emma.

Emma. No hablemos, si te mortifica...

Rafaela. El primer día que vi yo el amor en los ojos de ese muchacho, sentí el mayor desconcierto de toda mi vida.

Emma. Porque el amor de él se encontró con el tuyo; si no, no te habrías inmutado.

Rafaela. ¿Cómo que no?

Emma. Porque no. Sabemos no oír y desdeñar, y no nos morimos de angustia aunque se peguen un tiro por nosotras.

Rafaela. Pero, ¿tú crees posible que yo pueda querer a otro hombre?

Emma. ¡Claro que sí! Esa sepultura que le buscas a tu corazón a los veinte años es un absurdo como una casa. La vida es transformación perenne; constante inquietud. Cada siete años hay en las personas una total renovación de la sangre. *Se estrena* individuo, como quien dice.

Rafaela. ¡Jesús!

Emma. De ahí que le oigamos a mucha gente: «Si a mí me hubieran dicho hace siete años que iba a hacer esto y esto, no lo hubiera creído.» ¡Pero, señor, si no es usted el que lo hace; si es *otro!*

Rafaela. Pues otra tendría yo que ser.

Emma. ¡Pues serás otra!

Silencio. Rafaela juega con fuego en el pensamiento.

Rafaela. Si yo te contara...

Emma. ¿Algo de Daniel?

Rafaela. Sí...

Emma. Cuéntamelo.

Rafaela. ¿Quién está en la biblioteca?

Emma. Mi padre. Pero como si estuviera sola; no se entera más que de lo que lee. Lo ha absorbido el rabo de la estrella. Habla.

Rafaela. No vayas a creer que es ningún capítulo de *Las mil y una noches*... Es una niñería... Sino que la recuerdo porque vino a pintarme sin palabras el demonio del amor de ese hombre.

Emma. ¿Sin palabras?

Rafaela. Sin palabras... y con un suspiro.

Emma. Esto es interesante.

Rafaela. Fué una tarde, en el campo, en que tú te quedaste emperezada en el caserío, leyendo, y yo me fuí sola al pinar.

Emma. ¿Estás segura de que ibas sola?

Rafaela. Sola: sí.

Emma. ¡Va una tan acompañada muchas veces que al parecer no lleva a nadie junto!

Rafaela. Como quieras. Entré en el pinar, me fuí un poco adentro, gozando de aquel olor y de aquella sombra, y al rato me tumbé en el suelo con abandono. ¡Qué bien se estaba allí! Entorné los ojos llamando al sueño, con idea de soñar... El sueño no venía, sin embargo. De pronto, sin abrir los ojos, vi que alguien me

estaba mirando allí cerca. Mejor lo sentí que lo vi. Fingí que dormía, entonces... Se acercó la persona calladamente. Sus ojos me abrasaban la cara. Yo no tuve valor para simular que despertaba en aquel instante... Temblaba mi cuerpo, se encendía mi rostro... pero mis ojos seguían cerrados, como si durmieran. En esto, escuché un suspiro. No un suspiro, un sollozo más bien... Me incorporé fingiendo sobresalto, volví la vista en torno mío y vi a Daniel que se alejaba pinar adentro, de espaldas a mí ya, la cabeza hundida en el pecho, los brazos caídos, el aire sombrío y taciturno... como una imagen de la desesperanza... Lo miré alejarse un buen rato. Él, de improviso, volvió la cara y me vió observándolo. Entonces apresuró el paso y desapareció. Yo me puse como la grana. Desde aquel momento, cuando nos encontramos, él no manda en sus ojos... ni yo en los colores de mi cara. Y esta es la aventura.

Emma. ¿Ves cómo tengo yo razón? ¿Por qué no lo llamaste?

Rafaela. ¡Quita, mujer!

Emma. ¡Valiente tonta! ¡Con las cosas que te hubiera dicho, si llegas a llamarlo!

Rafaela. ¿Quién canta?

Emma. ¿No es Topete?

Rafaela. Sí; Topete es. ¿Qué le pasa a este hombre?

Llega TOPETE por la puerta del patio, cantando el brindis de «Marina». No es el mismo hombre que se fué. Todo en el resplandece: en sus mejillas hay carmín y en sus ojos fuego. Habla con gran vehemencia, locuacidad y alegría. Cuando sus manos dan en los bolsillos del chaleco, aquello suena bien.

Topete. *¡A beber, a beber y a apurar*
las copas del licor,
que el vino hará olvidar
las penas del amor!

Emma. ¿Qué es eso, Topete?

Rafaela. ¡Contento viene usted!

Topete. ¡Hola, Emma! ¡Hola, Rafaelita! ¡Caramba, caramba! ¡Qué reguapísimas estáis!

Rafaela. ¡Topete!

Emma. Siempre galante, don Ramiro.

Topete. Galante, no; justo. Yo no soy de esos viejos que porque los años los corcovan se vuelven miopes ante las gracias juveniles. Sin contar con que mi corazón no tiene canas. ¡Ni las tendrá nunca! Torna a cantar su brindis, y se sienta a la mesa, y hace una apuntación en el cuaderno verde sin dejar de cantar. Mientras, comentan el caso Emma y Rafaela.

¡A beber, a beber y a apurar
las copas del licor...!

Emma. ¿Pero le ha tocado la lotería?

Rafaela. Para mí que cerca le anda. ¡Ah, pícaro! El cuadernito verde me da la clave. ¿Puse el dedo en la llaga, no?

Topete. ¡Ja, ja, ja! ¡Ésta me conoce, ésta me conoce!

Rafaela. ¡Y tanto!

Topete. ¡Qué aceituna! ¡Ya que dicen que mañana se acaba el mundo, quiero despedirlo con alegría! ¿Cuándo me voy a ver en otra? Se suena la plata en el chaleco.

Rafaela. ¿Canta el grillo, eh?

Topete. ¡No es el grillo, Julieta; es el ruiseñor el que canta!

Sale de la biblioteca la ABUELA NITA, con otro santirulico en la mano.

Emma. ¿Y se saldrá con la suya la estrella de rabo?

Topete. ¿Quién piensa en tamaña paparrucha?

Abuela. ¿Verdad que no, Topete?

Topete. ¡Calle usted, señora, calle usted! ¡Esto tiene cuerda para rato! ¡Yo asistiré a su centenario de usted y usted al mío!

Abuela. Rebosando de júbilo. ¡Ay, qué buena sombra! ¡A su sentenario quiere que asista yo!... Él ar mío, no digo... ¡Qué grasia de hombre!

Topete. ¡Pues no faltaría más sino que el propio creador del universo, fuera a destruir una bella parte de su obra por darle gusto a un cometita pirandón! ¡Vamos, hombre!

Abuela. Tiene rasón éste: si Dios lo ha hecho, ¿como lo va a destruí Dios mismo? ¿No, niñas? Pero bueno es que Dios esté contento con nosotros. A este San Roque lo voy a poné en er postiguiyo de la cansela. Le da un beso. ¡Je, je! ¡Me ha hecho reí er demonio e Topete! Oye: luego te voy a dá un char de mis tiempos, pa que se lo regales a tu mujé de parte mía. Tengo yo gusto en que lo luzca eya.

Topete. ¡Muchas gracias!

Abuela. Sin grasias, tonto. Es gusto que yo tengo. Y una gargantiya de corales, presiosa, vas a yevársela a tu hija la mayó. Como está poyeando... Yo me acuerdo... yo también he sido muchacha... Me ha hecho reí, me ha hecho reí... ¡Mi sentenario, dise... mi sentenario! ¡Ay, ay, ay! Se va radiante de alegría por la puerta del patio.

Topete. Ahí la tenéis: la vida, la vida. ¡Esa es la vida! La vida, que aun encerrada en la vieja cárcel de ese cuerpecillo, no quiere morirse. La vida no se quiere morir.

Rafaela. Ni usted tampoco, me figuro.

Topete. ¡Tampoco! Es más, yo, sobre no querer morirme, quiero vivir. ¡Amo la vida, señor, amo la vida!... Y he cumplido con ella, y con Dios. Creced... etcétera. Yo he crecido... y etcétera, etcétera. Las muchachas sueltan la risa. Le he dado a mi patria siete ciudadanos—cuatro ciudadanos y tres ciudadanas—que se casarán con otros tantos ciudadanos y ciudadanas, y que serán.. y que seguirán.. y que continuarán... y que vendrán a ser...

Rafaela. Basta, Topete, basta ya; que tanta luz ofusca. Este hombre ha debido subir al púlpito hoy en lugar del padre Manolito, y la gente habría salido más pacífica de la iglesia.

Topete. Para las almas de cántaro, amiguitas, el mundo no vale un real. Pero los que sabemos sentir hondo, vamos siempre por las rutas del mundo dando gritos de admiración y de alegría. Vemos el mar: ¡ah! Vemos los montes: ¡ah! Vemos el cielo: ¡ah! Las flores: ¡ah! Las mujeres: ¡ah! Hace veinte años que hice yo «¡ah!» ante una morena con lunares... y me estoy rascando todavía. Nueva risa de las muchachas. ¡Pero me rasco con muchísimo gusto! Creced... etcétera. Cantando.

¡A beber, a beber y a apurar
las copas del licor...!

¡Adelante, Quintica, flor y nata de El Toronjil! ¡Adelante!

QUINTICA viene por la puerta del patio, atribulada y casi sin aliento. Apenas puede hablar.

Rafaela. ¿Qué es eso, Quintica? ¿Está la señorita peor?

Quintica. No, zeñora... la zeñorita... ha pazao bien la noche pazá...

Rafaela. ¿Pues qué traes tú, que así vienes?

Quintica. ¡Que está to regüerto... con esto de la fin der mundo!

Topete. ¡Y dale de moler, aceituna!

Quintica. ¿No ze han enterao ustés de lo de la botica?

Rafaela. No.

Emma. ¿Qué es lo de la botica?

Quintica. Pos que er mancebo estuvo en la iglezia oyendo ar padre predicadó... y le ha entrao tanto miedo de que er mundo ze acabe mañana... que ze ha pegao un tiro.

Rafaela. ¿Un tiro?

Topete. ¡Qué barbaridad!

Emma. ¿Y se ha matado?

Quintica. Dicen que no ze ha matao der to... pero que es probable que ze mate... digo, que ze muera.

A DON PABLO que llega por donde Quintica.

Rafaela. Papá, ¿tú has oído? ¡Mayor insensatez!

Don Pablo. ¿Qué es ello?

Topete. ¡Lo absurdo; lo increíble!

Emma. Un fenómeno del miedo; una locura.

Rafaela. Cuenta, Quintica...

Sale DON DIONISIO de la biblioteca, con un libro.

Don Dionisio. Escúchame, Pablo: sostiene este autor que el cometa de 1811...

Emma. Deja eso ahora, que parece que hay bastante con el de este año.

Don Dionisio. ¿Cómo?

Don Pablo. Cuenta, Quintica, cuenta.

Quintica. Zeñorito, que de rezurtas der zermón zobre la fin der mundo, ar mancebo de la botica le ha entrao tanto miedo... que ha agarrao una pistola... y ze ha tirao un tiro en la cabeza.

Don Dionisio. ¿Eh?

Don Pablo. ¿Pero es posible?

Don Dionisio se pone como la cera y se le pega el estómago al espinazo.

Rafaela. Por fortuna creo que no se ha matado.

Topete. ¡Bah! ¡Se habrá chamuscado una oreja!

Quintica. No, no, zeñó; que dicen que está mu malito.

Don Dionisio. ¡Demonches!... No gana uno para sustos en estos días... Pero lo asombroso es que haya almas tan crédulas... almas tan inocentes...

Topete. El suicidio... En general, el suicida... Yo defino al suicida así: «El suicida es la cobardía hecha hombre.»

Don Dionisio. Ah, por supuesto... El suicida es un ser... es un ser... Yo al suicida le impondría una pena... un castigo... ¡qué se yo!... una multa... ¿Quién le manda a usted matarse, señor mío?

Don Pablo. Pero, ¿qué dices, hombre? ¿Estás deli-

rando? ¡Ay! Yo opino muy al contrario que Topete y que tú. Creo que el hombre que voluntariamente deja esta vida por dolor o por desesperanza, no es cobarde, es héroe; y merece la piedad más profunda. Ahora, lo que no me cabe en la cabeza es que haya desgraciado que se pegue un tiro por miedo de que se acabe el mundo.

Don Dionisio. Demencia, demencia; no puede ser sino demencia. Porque... matarse por miedo no es lo mismo que morirse de miedo... Esto no depende de la voluntad. Demencia, demencia, y nada más que demencia...

Don Pablo. ¿Qué ibas a consultarme tú?

Don Dionisio. ¿Eh? Ya se me ha ido...

Quintica. ¡Pero, además, pazan munchas más cozas!

Topete. ¡Pues si son desagradables, yo no las quiero oír! ¡Me vuelvo al Casino a alborotar un poco! ¡Viva la vida! Se marcha gozoso entonando nuevamente el mismo brindis.

¡A beber, a beber y a apurar
las copas del licor!

Don Pablo. ¿Qué es eso? ¿Está borracho mi secretario?

Don Dionisio. ¿Qué más cosas pasan, Quintica?

Quintica. Pos que esta tarde zale de Zantiago una procezión de rogativa, y que Ramón, er de la tienda e zogas, que es judío, va a í descarzo delante de eya con los brazos en cruz; y que los niños de la escuela van a cantá una oración que ha zacao er maestro; y que doña Gertrudi ha ofrecío pagá toa la cera que ze conzuma; y que Quiroga er droguero, que vive con una mujé mala zin está cazao, ha yamao ar cura pa que los caze; ¡ah! y que Miguelón el avariento ze ha güerto loco, queriendo ocurtá zu dinero bajo tierra; y ze ha echao a gritá pidiendo zocorro por las cayes y diciendo munchas picardías, y tos los chiquiyos lo perziguen tirándole piedras y cantándole cozas; ¡ah!—ze me orvidaba lo mejó

—y que la hija de eze a quien le yaman *Perejí*, eza morena tan bonita, ze ha escapao con er novio por zi acazo ze acaba er mundo; y dicen que dice *Perejí*, que zi er mundo ze acaba, que güeno, que la deja, pero que como no ze acabe er mundo, la mata a palos. To esto me lo han contao en la fuente. Y ezo que no me quize entreté.

Rafaela. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué pueblo este más novelero!

Emma. ¡Más extraordinario, diría yo! Esa relación de Quintica me ha dado a mí un escalofrío por palabra.

Don Pablo. Y a mí por sílaba.

Emma. Ríase, ríase usted. ¿Sabe usted lo que yo siento, don Pablo?

Don Pablo. ¿Qué sientes tú?

Emma. ¡Que después de tantos y tantos temores no va a pasar nada!

Don Dionisio. ¡Dios nos asista! ¡Que no pase nada es lo que sientes! ¿Está en su razón esta desventurada hija mía?

Emma. ¿No he de estarlo, papá?

Don Dionisio. ¿Serás capaz de preferir un cataclismo?

Emma. ¡Claro!

Don Dionisio. Dice que ¡claro! ¿Has oído, Rafaela? Pablo, ¿ tú has oído? Dice que ¡claro!

Don Pablo. ¡Claro! ha dicho bien claro.

Emma. Pero, ven acá, papaíto: más tarde o más temprano, ¿no tenemos que morirnos todos?

Rafaela. ¡Claro! también.

Emma. Pues yo, en lugar de una muerte vulgar, en una alcoba estrecha, con dos sinapismos en las pantorrillas y rodeada de parientes que fingen duelo, prefiero mil y mil veces una muerte insólita, grande, apocalíptica.

Don Dionisio. ¡El diablo que te escuche!

Emma. ¡La veo; la veo!

Don Dionisio. Calla; hazme el señalado favor de callar.

Emma. ¡La veo! Primero, un formidable estampido universal que nos deje sordos a todos; luego, un trágico resplandor infernal que nos deje ciegos; después, una tremenda conmoción que nos vuelva locos; ¡pobre razón humana! Y en seguida, la atmósfera que se envenena, los pulmones que estallan, los cráneos que crujen pulverizados y el espíritu que vuela libre en busca de un mundo mejor y se queda pendiente en el fleco de luz de una estrella.

Quintica. ¡Qué bonito está ezo!

Don Dionisio. ¡Muy bonito! ¡Precioso está! ¿Quieres, hija mía, obedecerme una vez siquiera y no decir más enormidades?

Rafaela. No se ponga usted así, don Dionisio.

Don Dionisio. Pero, ¿hay paciencia que la oiga? Tú te ríes y ése también se ríe; pero yo no me puedo reír.

Don Pablo. ¿Por qué, hombre, por qué?

Don Dionisio. Porque en serio, completamente en serio, temo por la razón de mi hija.

Emma. ¿Qué le parece a usted, don Pablo?

Don Pablo. Que tu padre no ve claro en este negocio; y que yo, aunque el cataclismo no viniera, ya lo doy por visto con la descripción que tú has hecho.

Don Dionisio. ¿*Tu quoque*, Pablo? Te confieso que extraño altamente que un hombre de peso como tú dé pábulo a semejantes chirigotas. Porque, vamos a ver: me vas a contestar noblemente: ¿crees tú, con la mano puesta en el corazón, que hay motivo juicioso, científico, para temer que mañana ocurra algo grave?

Don Pablo. Con no disimulado humorismo. ¿Cómo que si lo creo? Mi pobre opinión no vale nada. Sólo te diré que algunos de los hombres consagrados a los bellos es-

tudios astronómicos, nos hablan, apoyándose en cálculos precisos, de un peligro menos que remoto. Yo, a ellos me atengo. Venga lo que viniere. *Poniéndose serio.* Dios dirá. Hablo del Dios que creó los mundos infinitos. Siempre he creído que a los pobres hombres nos falta entendimiento para comprender tanta grandeza, como nos falta vista para medir nuestra pequeñez. Dios dirá. Por mí, tiempo hace ya que camino en la vida con el espíritu dispuesto para el gran viaje.

A don Dionisio, al oír esta confesión, no le da un desmayo por milagro divino. Los demás callan momentáneamente, impresionados por tales palabras.

Quintica. *Con el alma en la boca.* Zeñorita.

Rafaela. ¿Qué quieres?

Quintica. ¿Me manda usté argo a mí?

Rafaela. Nada, ahora.

Quintica. Pos con zu licencia. *Márchase por la puerta del patio, en busca de la oración que le ofreció a Daniel.*

Emma. Perfectamente. Yo, después de escuchar a don Pablo, me voy por esas calles a corretear, a coger impresiones, a escuchar donaires y desatinos. ¿Vienes conmigo, Rafaela?

Rafaela. No; no tengo humor.

Don Dionisio. ¿Ni quién lo tiene para acompañarla?

Emma. Hasta luego, entonces.

Don Pablo. Anda con Dios.

Don Dionisio. *Siguiendo a Emma, que se marcha por la puerta de la biblioteca.* Emma, Emma, hija mía, hija de mi alma, no te vayas a poner en ridículo.

Don Pablo. *A Rafaela, con ingenuidad.* ¡Pero ese hombre tiene un miedo horrible! Se nos va a quedar entre las manos, Rafaelita.

Rafaela. Y tú también le dices unas cosas...

Don Pablo. Comencé en broma y acabé en serio. Esto me ocurre mucho. Pero de veras que lo noto más flaco hace unos cuantos días.

Rafaela. Anda, anda con él y trata de animarlo y de quitarle que lea más libros de estrellas y luceros.

Don Pablo. Sí, sí; es una obra de caridad. Allá voy. ¡Ja, ja, ja! ¡Cáspita con el bueno de Dionisio, y qué asustado está! En cambio, la hija... la hija... Cuando digo yo que mi señora doña Eduarda... Se entra en la biblioteca.

Allá lejos, muy lejos, en la calle, óyese como un eco el canto de unos cuantos chiquillos persiguiendo al avaro de que ha hablado Quintica. Entre copla y copla gritan que se las pelan.

Chiquillos.

¡Miguelón,
cara de ratón,
vende la levita:
de poco te ha valío
guardá la *guita!*

Rafaela. ¿Qué gritería es esa? Se acerca a una de las ventanas y presta oído. Ah, sí. Los chiquillos detrás del avaro. ¡Son el demonio mismo!

Chiquillos.

¡Miguelón,
cara de ratón,
vende tu sombrero:
de poco te ha valío
guardá dinero!

Por la puerta del patio aparece en esto DANIEL.

Rafaela. Hola, Daniel. ¿Aquí todavía? Yo te hacía ya camino del campo.

Daniel. Pa ayá me voy.

Rafaela. ¿Dónde estabas?

Daniel. Con la abuela Nita. Riéndome un rato con zus cozas.

Rafaela. ¿Te ha dado algún santo y alguna lamparilla para el cortijo?

Daniel. Encargo yevo de encendé unas pocas. Pero ahora me reía de los conzejos que le daba a Juana.

Rafaela. ¿A Juana?

Daniel. Parece zé que er piyo de Izidoro trata de convenzerla en zu provecho de que mañana es la fin der mundo. Juana, por las zeñas, no está muy convencía, pero tampoco le hace ascos a Izidoro; y con las mismas le ha pedío conzejo a la abuela, y ha zío un pazo de gracia.

Rafaela. Ese tunante de Isidoro...

Inopinadamente llega QUINTICA por donde se marchó, en busca de Daniel. Al hallarlo con Rafaela da un respingo.

Quintica. ¡Huy!

Rafaela. ¿Qué quieres tú?

Quintica. Disimulando. Pos... pos venía a pedirle a usté la yave e la despenza.

Rafaela. ¿Para qué?

Quintica. ¿Pa qué va a zé? Pa zacá aceite.

Rafaela. ¿Más aceite?

Quintica. ¡Zeñorita, zi no paramos de aviá lampariyas! ¡Zi la zeñora paece que está poniendo luminarias! Yo no ziento más zino que principien a acudí lechuzas.

Rafaela. Bueno, pues ahora iré yo a darlo. Vete.

Quintica. Está bien. A Daniel, en voz baja, rápidamente, en un descuido de Rafaela. Tome usté la oración que le dije. Le entrega un papel muy doblado, y vuelve a irse por donde llegó, temerosa, pero satisfecha completamente.

Daniel. ¡Ah!... Dios te lo pague.

Rafaela. ¿Qué ha sido eso?

Daniel. Que no ha parao hasta darme la oración pa librarme de la fin der mundo.

Rafaela. ¡Ocurrencia es!

Daniel. Y dice que no zirve zino pa dos perzonas en ca pueblo.

Rafaela. ¿Y te ha elegido a ti?

Daniel. Pa que vea usté zi tengo zuerte.

Rafaela. Se conoce que le has gustado.

Daniel. Ayá eya. Después de to, razonable zería que ze fijara en argún hombre como yo: los pobres, pa los pobres.

Rafaela. El hombre que sabe lo que tú y que trabaja como tú trabajas, no puede decirse que es pobre. No te eches por tierra, ni pongas tan baja la vista.

Daniel. ¿La vista baja yo? Ziempre la pongo arta, quizás de la costumbre de mirá pa las estreyas ayá en er campo. Pero ezo no quita que zea pobre.

Rafaela. El campo... Aquél sí que es tu amor.

Daniel. Apego le tengo, es la verdá: tar vez por lo bien que me paga. Nunca ziembro en é que no recoja. Silencio. Rafaela, turbada, no acierta a responderle. ¿Don Pablo, está ahí?

Rafaela. Sí, ahí en la biblioteca está.

Daniel. Vi a decirle con Dios. Desde la puerta de la biblioteca. Don Pablo, hasta mañana. Zi Dios quiere. ¿Ze le ofrece a usté arguna coza, zeñorita?

Rafaela. ¡Señorita! ¿No te he dicho que no me llames así?

Daniel. Gusto yo de yamarlo to por zu nombre propio.

Rafaela. No quiero contestarte. Anda con Dios.

Daniel. Quéeze usté con É.

Rafaela. Dame la mano, por si mañana se acaba el mundo.

Daniel. No ze acaba.

Se estrechan la mano con emoción.

Rafaela. ¿Crees tú que no se acaba?

Daniel. Zeguro estoy.

Rafaela. ¿Seguirá dando vueltas?

Daniel. No tan grandes como argunas veces fuera menesté, pero zeguirá dando vuertas. A nadie ze le cortará zu zino: ca uno con er zuyo zobre los hombros yegará hasta er fin.

Rafaela. Es cierto: cada uno con su cruz...

Daniel. Usté, quizás, zentiría menos que nadie que esto ze terminara...

Rafaela. ¿Por qué?

Daniel. Porque no ze le cae de la boca aqueyo de que ya no tiene pa quién viví.

Rafaela. Y así es la verdad: no lo dudes.

Daniel. ¿Lo está usté viendo?

Rafaela. Pero... ¿y los demás, Daniel? Yo no soy egoísta. Que vivan los demás contentos... que siga el mundo dando vueltas.

Daniel. Que ziga.

Rafaela. ¿Hasta mañana?

Daniel. Hasta mañana. Mande Dios lo que mande, yo quiero que me coja aquí.

Rafaela. ¿Y cómo no prefieres el campo, tu campo?

Daniel. ¡Zi viera usté lo zolo que ze ha quedao er campo hace unos días!...

Rafaela. ¿Solo? Como siempre, ¿no?

Daniel. Como nunca.

Rafaela. Adiós.

Daniel. Con Dios.

Rafaela. Ensimismada. Imposible... imposible... Él se va por la puerta del patio y ella por la de la biblioteca. Antes de desaparecer, instintivamente los dos vuelven la cara, y se encuentran sus ojos. Imposible...

Llega por la puerta del patio TOPETE, en quien el azar ha obrado una radicalísima y grave transformación. Viene lacio, triste y marchito. Tira el sombrero con rabia sobre un mueble, y suelta un par de suspiros desconsoladores.

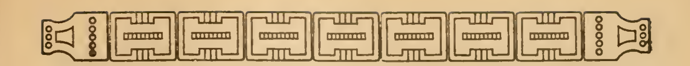
Topete. ¡Ay, ay!

En la calle, lejos, óyese en esto la voz del CIEGO PALOTES, que pregona.

Palotes. ¡Niñas! ¡niñas! ¡El úrtimo romanse que me quea! ¿Quién lo quiere? ¡Er mundo se acaba mañana! ¡Mañana se acaba!

Topete. Sentándose a su mesa y poniendo vinagre en su acento. ¡No será verdad que se acabe esta porquería! Con mal modo tira del cajón donde tiene sus cuadernos de apuntes, saca el colorado, y se dispone a escribir en él una larga partida.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma sala. Es por la noche. La lámpara encendida ilumina discretamente la estancia. De la calle viene un poco de luz de luna. Estamos a 14 de Junio: no se ha acabado, pues, el mundo el día 13.

—

Sale por la puerta del patio JUANA, huyendo de ISIDORO, que la sigue con insistencia.

Juana. ¡Que me dejes te digo, Izidoro!

Isidoro. ¡Pero si es que quieo convenserte de que te han engañao!

Juana. ¡Te digo que me dejes; que no me persigas! ¡Que no quieo hablá contigo! ¡Vaya!

Isidoro. ¿Que tú no quiés hablá conmigo? ¡Mardito sea er mundo! ¡Asín picaran con un hacha las lenguas dañinas! ¿Quién te ha engañao?

Juana. Nadie, no me ha engañao nadie; he visto yo lo que tenía que vé. Corre en busca e la *Rubia* y déjame.

Isidoro. ¡Y dale con la *Rubia!* Mañana, cuando vayamos a la romería...

Juana. ¿Quién, yo? ¿Que yo vi a dí contigo a la romería? ¡Ezo te lo pintas tú en un papé!

Isidoro. ¿Pero es que va a festejá to er pueblo que no se ha acabao er mundo, menos tú y yo?

Juana. ¡Busca a la *Rubia* pa festejarlo! ¡Como la buscaste pa festejá que ze acababa!

Isidoro. ¡Mar fin tengan las comadres e barrio! ¿Pero quién te habrá contao a ti el infundio ese? Por supuesto, que ya te pasará.

Juana. ¡Zí, zí; como no me paze!...

Llega por la biblioteca QUINTICA.

Quintica. Toa la caza estoy corriendo en busca tuya. Anda ya, que don Pablo te yama.

Isidoro. ¿A mí?

Quintica. A ti. Anda ya. En er comedó está er zeñorito.

Isidoro. A Juana. ¡No creas tú que te dejo! No me conformo yo a viví en entredicho por una mala lengua. ¡Mardito sea er mundo! Se va por la puerta de la biblioteca.

Quintica. Al ver gimotear a Juana. ¿Qué tienes tú? ¿Qué les paza a ustedes?

Juana. Que habemos peleao.

Quintica. Ezo lo estaba viendo yo vení.

Juana. Es mu granuja, ¿oyes? Ar mismo tiempo que quería convencerme a mí de que ayé era la fin der mundo, estaba queriendo convencé a la *Rubia*. Mía qué fechuría.

Quintica. Mujé, zi creía que er mundo ze iba acabá, quizás der mismo zusto... Una mala hora. Porque ér te quiere; me lo ha dicho a mí. Y yeva tu retrato en la badana der zombrero.

Juana. ¡Toma! ¿Y a mí te pienzas tú que no me lo ha dicho? Por to pazo yo, menos por un engaño azina...

Quintica. No yores, mujé, que me da pena verte.

Juana. ¿Y qué vi a jacé, zi no pueo remediarlo? ¡Zi lo peó de to, es que ér me cae en gracia!

Quintica. A las mujeres ziempre tiene que tocarnos yorá. Lo mismo que zeas moza de cuerpo e caza, como que zeas emperadora. Porque yo zé la historia de Doña Juana la Loca, que fué reina de España, y ze cazó con Don Felipe er Guapo; y a Don Felipe er Guapo no le

gustaban más que las moras; que ahí empezó la guerra de África. Y Doña Juana se gorvió loca la pobrecita, y ér ze murió, y eya ze pazaba las noches ar zereno, y munchas cozas más. Y ya ves tú, fué reina.

Juana. ¡Ay! Er mar de muchos no es conzuelo, aunque zea mar de reyes. Yo lo que quiziea zería orvidarlo.

Quintica. ¿Orvidarlo?

Juana. Orvidarlo por otro.

Quintica. Pos mira, yo te vi a enzeñá el enzarmo de los tres zuspiros, que cuentan que ez el único pa orvidá. Principia azí:

Tres zuspiros guarda mi pecho:
zargan al aire en mi provecho...

Y luego zigue como una oración. Yo te lo enzeñaré. Lo dices toas las noches al acostarte; pones en el espejo er nombre de é, con er bajío; le haces una cruz por debajo y lo repites hasta tres veces. Y ar mes, no te quea ni el enzueño.

Juana. ¿De veras, chiquiya? ¿Y tú, de quién lo haz aprendío?

Quintica. De una gitana de mi pueblo. Y cazi ze me había ido de la memoria; pero he tenío que recordarlo, porque, por mi desgracia, lo necezito ahora también.

Juana. ¿Tú, Quintica?

Quintica. ¡Y esta zí que es pena, Juaniya! ¡Esta zí que es pena! No me ha engañao nadie; pero es peó mir veces; porque ni ziquiera para la vista en mí el hombre que me ha enhechizao.

Juana. ¿Quién ez é?

Quintica. Ezo ze quea pa mí zola.

Juana. ¿Lo conozco yo?

Quintica. Na me preguntes, porque na te diré.

Juana. ¿Quiere a otra?

Quintica. Anoche, que iba a zé la fin der mundo, lo vi más claro que a la luz der zó. Tanta pena me dió

convencerme de eyo, que zentí que er mundo no ze acabara en aquel istante. ¡Ajolá ze hubiera acabao!

Juana. Pos júntate conmigo.

Quintica. Yo ya tengo tomá mi rezolución. •

Aparece por la puerta de la biblioteca DON DIONISIO, como el sol en un amanecer de primavera. Aquellos ojos muertos han recobrado vida y fulgor, y aquella profunda arruga de la frente ha desaparecido con el cometa.

Don Dionisio. No se asusten las tiernas palomas, que no soy cazador furtivo.

Juana. ¿Qué?

Quintica. Zeñó.

Don Dionisio. Siempre fuí de la Protectora de Animales.

Quintica. ¿Cómo dice?

Don Dionisio. Enmendando el yerro. De Animales y Plantas. Y vosotras sois dos tiernos brotes campesinos.

Quintica. ¿Es verdá lo que trae er *Diario*, zeñó?

Don Dionisio. ¿Qué trae?

Quintica. Que usté y la zeñorita ze marchan mañana a Madrí.

Don Dionisio. ¡Oiga! ¿Quién habra llevado la noticia? Pues sí, es rigurosamente exacto. Mañana por la noche partiremos mi hija y yo, después de asistir con todos por la mañana a la romería. ¡Hay que darle gracias a Dios porque este mundo pícaro continúa dando vueltas! ¡Je, je! ¡Qué miedo ha pasado alguna gente!

Quintica. ¡Zí, zeñó; zí que lo han pazao!

Don Dionisio. ¡Cómo me he reído yo!

Quintica. Y nozotras.

Don Dionisio. Y ahora que estamos solos, a hurtadillas de los vigilantes ojos del ama de la casa... Juana, toma tú. Le ofrece un billete.

Juana. No, zeñorito.

Don Dionisio. Sin chistar. Toma.

Juana. Muchízimas gracias.

Don Dionisio. Y tú, Quintica, toma también. Le ofrece otro.

Quintica. Ezo zí que no. Yo no, yo no.

Don Dionisio. A mí se me obedece.

Quintica. Pero zi nozotras no le habemos zervío por interés ninguno.

Don Dionisio. ¡Chist! Toma y calla.

Quintica. Ea, pos munchas gracias, zeñó.

Don Dionisio. Compraos unas faldas o unos pendientes de corales para aturrullar a los peñarrealeños. ¡Je, je! Y quedaos con Dios, clavellinas.

Quintica. Usté lo paze bien, zeñó.

Juana. Usté lo paze bien.

Se va don Dionisio hacia el patio.

Quintica. ¿Diez duros te ha dao?

Juana. Zí; diez duros zon. ¿Le dará otros diez a Izidoro?

Quintica. Pués apostá a que zí. Este zeñó desde que ha visto que no ze acaba er mundo está como loco. Ze ríe de to y con to. Y no hace más que repartí cozas.

Viene del patio la ABUELA NITA, con el semblante alegre, y pega la hebra con las muchachas.

Abuela. ¿De qué charlan ustedes, buenas piesas?

Quintica. De que don Donizio nos ha dao diez duros a ca una.

Abuela. ¿Diez duros?

Juana. Místelos.

Quintica. Místelos.

Abuela. Como que er señorío no sabe está ocurto, y don Dionisio es un cabayero muy prinsipá. A mí me ha ofresido mandarme fruta de su huerta de Mursia... ¡Dátiles! ¡dátiles! ¡Qué ricos! Muy ardientes, pero muy ricos. Como grasias a Dios tengo un estómago de lata... Bueno, yo nesesito a una de ustedes. A ti, Quintica.

Quintica. Mándeme usté.

Abuela. No, no; prefiero a Juana, porque a ti se te va er santo ar sielo con tanta paparrucha como enjaretas... Tampoco se atan dos cuartos de comino contigo, no te figures tú. Er dichoso noviajo...

Juana. Ezo ya pazó.

Abuela. Sí, sí... Cuando tú vas yo estoy de vuerta, simple. Sígueme a mi cuarto.

Juana. Adonde usté me mande, zeñora.

Abuela. A mi cuarto: a recogé mis cosas.

Quintica. ¿A recogé zus cozas dice usté?

Abuela. Sí, hija mía; sí. Con ustedes se pué tené una confiansa, porque son buenas. Yo me voy a mudá de esta casa.

Quintica. ¿Que va usté a mudarze?

Abuela. No levantes la voz. Que me voy a mudá. Mañana mismito.

Juana. ¿A caza de don Feliciano otra vez?

Abuela. Dios me libre. Voy a casa de mi prima Luisa, que es persona de asiento. No es que aquí tenga queja, ¿tú oyes? Pablito me quiere; Rafaelita me quiere también... Pero, hija, sin acordarse de mis ochenta años me han puesto en la arcoba más húmeda de la casa. ¡Hasta goteras tiene! Y ahora, bueno va, que empiesan los calores; pero yega el invierno y cojo un reuma que me barda. ¡Y no me da la gana de cogerlo! Porque luego, si se me hinchan las piernas, ya sé yo por dónde van a salí: «¡Claro! ¡con los años que tiene ensima!...» ¡Pos con los años que tengo ensima echo a reñí mis piernas con las tuyas! ¡Y con las tuyas! Las muchachas de hoy en día no valen dos cuartos.

Juana. La zeñorita viene.

Abuela. Vámonos nosotras.

Quintica. Yo la espero.

Abuela. ¿Sí, eh? Cuidaíto con lo que se habla.

Quintica. Vaya usté descuidá.

Abuela. Un punto a la boca. Anda, Juana, anda tú.

La Abuela Nita se marcha por la puerta de la biblioteca. Juana la sigue. Quintica al quedarse sola se santigua.

RAFAELA sale por la puerta del patio.

Rafaela. ¿Qué hacía aquí Juana?

Quintica. Que vino a darme una razón.

Rafaela. ¿Y tú, qué hacías?

Quintica. Escuchá la razón de Juana.

Rafaela. ¿Y ahora?

Quintica. Turbada. Ahora... aguardarla a usté.

Rafaela. ¿Para qué?

Quintica. Porque tengo que decirle una coza.

Rafaela. ¿Ah, sí? Dímela. Quintica se turba más que estaba. Dímela.

Quintica. Espere usté que puea.

Rafaela. Pero ¿qué te sucede?

Quintica. Que tengo que hablá con usté.

Rafaela. ¡Eso ya lo he oído! ¡Eres tonta! ¿Qué hay? ¿Qué es ello? ¿Qué pasa?

Quintica. No ze zofoque usté, zeñorita. Lo que hay... lo que paza es que...

Rafaela. ¿Si acabarás, criatura?

Quintica. Verá usté, zeñorita. Yo zé que yo he venío a zu caza de usté pa zuplí los días que estuviera aquí don Donizio.

Rafaela. Don Dionisio.

Quintica. Zí, don Donizio: ¡zi lo zé!

Rafaela. No lo sabes, porque lo dices mal.

Quintica. Pero zé que lo digo má.

Rafaela. ¡Jesús! ¡La cuestión es saberlo todo!

Quintica. Zí, zeñora, zí... Y argo zé que zabé no quiziera...

Rafaela. ¿Qué dices?

Quintica. Digo que como vine aquí a zuplí unos días, y eze cabayero y zu hija ze van ya a Madrí...

Rafaela. Ah, vamos; ya caigo. Temes que se me ocurra despedirte. Pues nada, no te apures: aunque *tan sa-*

bia, te quiero bien y estoy contenta de tu servicio. Y también mi padre. De manera que te quedarás en la casa.

Quintica. No, zeñora; zi ahí está er conque.

Rafaela. ¿El conque?

Quintica. Er conque está en que no me queo.

Rafaela. Sorprendida. ¿Que no te quedas?

Quintica. No, zeñora. Y zé apreciá lo que usté me ha dicho; pero no me queo.

Rafaela. ¿Por qué? ¿Estás tú a disgusto?

Quintica. No, zeñora.

Rafaela. ¿Por qué te quieres ir, entonces?

Quintica. Porque no quieo quearme.

Rafaela. ¡Vaya un descaro, hija!

Quintica. No, no es descaro; yo no zoy capaz de un descaro. Es que no es más que azí. No me queo... porque no quieo quearme. O zi le gusta más a usté, porque no pueo quearme.

Rafaela. No lo entiendo. ¿Te ha salido otra casa mejor en Peña Real?

Quintica. Ezo, ni penzarlo. Yo me voy de aquí pa mi pueblo.

Rafaela. ¿Para El Toronjil otra vez?

Quintica. Zí, zeñora: me ha escrito mi madre que no ze acostumbra a no tenerme.

Rafaela. No mientas. A quien le ha escrito tu madre ha sido a mí, muy satisfecha de que sigas en esta casa. ¿No contabas con esto, verdad?

Quintica. Pos miste, zeñorita: aunque ze disguste mi madre me voy. Ya ve usté zi estaré rezuerta.

Rafaela. Sí, sí; ya lo veo. Y ya voy comprendiendo, además.

Quintica. ¿Va comprendiendo usté?

Rafaela. Sí. El caso huele a novio en El Toronjil desde una legua.

Quintica. Yo no tengo novio en Er Toronjí.

Rafaela. ¡Y yo voy a creerte! Ya te habrá cantado

cuatro coplas algún gañán de aquellos, y tú te habrás enamorado perdidamente.

Quintica. No me enamoro yo de los gañanes.

Rafaela. Dispensa. Es verdad; que como eres tan sabia y tan leída... Por el pensamiento de Rafaela cruza una idea que la subleva súbitamente. Mira con indignación a Quintica, y Quintica la mira a ella como si comprendiera lo que le ha pasado por el pensamiento. ¡Bah!

Quintica. ¿Qué?

Rafaela. Nada. Vete. Vete, sí, vete. Ya hemos hablado lo bastante. Vete ahora donde quieras, y luego a tu pueblo o adonde más rabia te dé.

Quintica. Yo ziento que usté ze incomode.

Rafaela. No me incomodo, no. ¡No faltaría más! Es que ya estoy harta de tus novelerías. Vete, vete cuando te dé la gana. ¿Lo oyes? Cuando te dé la gana.

Quintica. Yo na he dicho pa que usté ze ponga de eza manera. ¿Quería usté que me quitara de en medio zin decirle con Dios? No he hablao más que lo que debía... Y he cayao lo que debía también. Güenas noches. Se va por la puerta de la biblioteca, conteniendo las lágrimas.

Rafaela. Frenética. ¿Pues no me ha desconcertado esa muñeca? ¡Nunca me he visto más ridícula! Se sienta desasosegada y se abanica vivamente.

De la biblioteca sale DON PABLO.

Don Pablo. Oye, niña: ¿qué lleva Quintica, que va tan cariacontecida y como llorando?

Rafaela. ¡Qué sé yo! Allá ella. Es decir, sí lo sé; es que se quiere marchar al pueblo.

Don Pablo. ¡Cáspita! ¿Y por qué razón?

Rafaela. Eso es lo que no se averigua. Algún noviazgo. ¡Cualquier cosa!... O simplemente, que le gusta más andar libre en El Toronjil que aquí un poco sujeta. Vaya con Dios.

Don Pablo. ¡Qué lástima! Una muchacha tan pintoresca y tan curiosa... Habrá que arreglar eso.

Rafaela. No. Déjala ir. Que coja la aceituna en los olivares de su pueblo. Y quede esto aquí, porque me ha puesto de muy mal humor.

Don Pablo. Ah, bueno; si a ti te contraría...

Rafaela. Sí.

Don Pablo. Pues no se hable más. ¡Yo que creía que la chiquilla estaba aquí encantada!... ¡Válgame Dios, y qué en Babia vivo! *Mirando hacia la puerta del patio, por donde llega presuroso TOPETE, en actitud llena de misterio.* ¡Topete!

Rafaela. ¿Topete?

Topete. Buenas noches.

Don Pablo. ¿Qué milagro es este? ¿Tú por aquí a estas horas?

Topete. Me alegro de hallaros solo a ti y sola a Rafaelita.

Don Pablo. ¡Vaya! Te alegras de hallarnos acompañados.

Topete. Acompañados y sin compañía; eso es. Permitidme que cierre las puertas.

Don Pablo. ¡Adiós mi dinero!

Topete *Mientras cierra.* No. Diste en hueso esta vez. *A Rafaela.* Y tú, anima la cara y no prejuzgues.

Rafaela. *Pagando con Topete su contrariedad y su enojo.* No prejuzgo; pero si viene usted a pedir dinero para jugarlo, cónstele que no se lo lleva. No, no se lo lleva; ni que ponga usted la cara alegre ni que la ponga triste. La bondad tiene un límite y la paciencia lo tiene también. ¡El demonio del hombre! ¡Acabará usted pidiendo limosna por las calles con un organillo y un mono! ¡Y entonces vendrá usted a nuestras ventanas y le echaremos cuartos! Por lástima del mono, no de usted.

Topete. ¡Aceituna! ¿Qué mosca le ha picado a tu hija?

Rafaela. Una mosca que me ha contado la última hazaña del señor Topete: la de anteayer. ¡Mentira parece que sea usted tan casquivano y tan galopín! ¡Que ni

siquiera sepa usted respetar lo que se le da para sus hijos!

Don Pablo. ¡Anda con esa!

Topete. También la mosquita ha podido callarse. Al fin, mosca. Pero aquello pasó: pasó, como pasó el cometa; como pasaron, para no volver, algunas vergüenzas de mi vida. Borrón y cuenta nueva. A lo que vengo, vengo.

Don Pablo. Tú dirás.

Topete. Sabed, ante todo, que desde esta tarde tenéis un nuevo servidor.

Don Pablo. ¿Hola?

Rafaela. ¿Ah, sí?

Don Pablo. ¡Bien venido!

Rafaela. ¿Y cómo está la madre?

Topete. Al pelo: al pelo está. Y muy satisfecha de haberme dado una prueba más de que no se acaba el mundo así como así.

Don Pablo Tal parece; y que sea enhorabuena.

Topete. Gracias. Y ahora vamos a lo que importa.

Rafaela. Ya está aquí el tren.

Topete. No está aquí el tren: te repito que no prejuzgues. Oídme. Quiero enteraros yo, primero que nadie os lo diga, de una gran merced que he recibido, precisamente esta misma tarde, de un amigo vuestro.

Don Pablo. ¿Una gran merced?

Rafaela. ¿De qué amigo?

Topete. De don Dionisio, vuestro huésped.

Don Pablo. Ah, pues has hecho bien en venir a decírnosla, porque, si no, es fácil que la hubiéramos leído mañana en el periódico.

Topete. Esta me figuro que no; la verdad.

Don Pablo. No te fíes.

Topete. Bueno: es el caso que yo, por imperiosas necesidades de la vida...

Rafaela. Y para suplir despojos del tapete verde...

Topete. No me amargues esta alegría, Rafaela. Digo que yo me había echado un dogal al cuello.

Don Pablo. ¿Cómo?

Topete. Le había firmado a don Genaro, el chupa sangre, un pagaré que vence mañana.

Don Pablo. ¿Serás capaz?

Topete. En condiciones onerosas; horribles.

Rafaela. No tiene usted compostura ni solución.

Topete. La verdad, y sírvame de disculpa esto: como se aseguraba fatídicamente que anoche se acababa el mundo, y el pagaré no vencía hasta mañana, yo le veía un cierto negro humorismo, mefistofélico y voluptuoso, a firmar un pagaré que había de vencer en la eternidad.

Rafaela. ¡Qué tarambana!

Topete. Me regocijaba con la idea de encontrarme al prestamista allá en el caos... y hacerle un par de señas. Ya tú me entiendes, Pablo.

Don Pablo. ¡Ja, ja, ja!

Topete. Ello es, en suma, que esta tarde, como os decía, al mismo tiempo que vuestro nuevo servidor venía al mundo, llamaba a mi puerta Isidoro con una carta de don Dionisio portadora de cincuenta duros en billetes.

Don Pablo. ¿Cincuenta duros?

Topete. ¡Como cincuenta soles! ¡La salvación del año, que iba de cabeza!

Rafaela. Pero, bueno, ¿y a qué se debe...?

Topete. A generosidad nativa. No puede obedecer a otra causa. Yo no he hecho por él más que ponerle en limpio la papeleta de defunción... ¡Y con lo que me ha mandado hay para un entierro!

Don Pablo. No le deis vueltas. Es otra la clave. Dionisio creía firmemente que anoche terminaba sus días, y al ver que esto sigue adelante, le falta poco para

echarse a bailar. En el Casino ha llamado la atención repartiendo propinas.

Rafaela Sí; pero si no fuera generoso...

Topete. ¡Claro es!

Rafaela. ¡Porque después de lo que me ha contado la mosquita, darle cincuenta duros!...

Topete. ¡Cincuenta duros, hija mía! Le pago a don Genaro, le llamo Judas, le llamo ladrón, que eso siempre refresca, y todavía me sobran más de quince.

Rafaela. A ver lo que hace usted con ellos.

Topete. Conmovido. ¡Emplear hasta la última peseta en mi casa!

Don Pablo. Lo creo; sí. Porque es verdad que la dicha no viene nunca sola.

Topete. ¿Qué dices?

Don Pablo. Me han asegurado que el tío de los huesos de jamones está afónico.

Topete. ¡Cállate, Pablo! ¡Déjame gozar sin acíbar de mis cincuenta duros!

Rafaela. Todo es poco.

Topete. ¡Rafaelita! ¡No seas perversa!

Don Pablo. Tiene razón mi hija: todo es poco.

Ábrese de improviso la puerta del patio, y tras ella surge DON DIONISIO, como llamado por el júbilo de Topete.

Don Dionisio. ¿Qué reunión es esta? ¿Se conspira?

Topete. Lanzándose a él y abrazándolo con efusión. ¡Ah, mi señor don Dionisio! ¡Amigo liberal y magnánimo!

Don Dionisio. ¿Qué habla el bonísimo de Topete?

Don Pablo. A Topete ya lo estás oyendo. Yo te voy a reñir.

Don Dionisio. ¿Tú? ¿Por qué, Pablo?

Don Pablo. El por qué, lo conoces tú sin que yo te lo diga.

Rafaela. Sí por cierto, señor don Dionisio: una cosa es que no se haya acabado el mundo... y otra cosa que usted se arruine.

Don Dionisio. ¡Ánimas benditas del purgatorio! ¿Pero usted ha contado... querido Topete...?

Topete. ¿Cómo no, señor don Dionisio? La gratitud... la gratitud no puede ser silenciosa.

Don Dionisio. No hay que hablar aquí de ella. Y tú, Rafaelita, no te aflijas: no es tan exiguo mi capital que vaya a arruinarme por obsequiar a un buen amigo con sesenta duros.

Rafaela. ¿Sesenta? Mira a don Pablo, don Pablo a ella y los dos a Topete, quien pálido y desconcertado, algo daría porque en tal instante acertase el cometa a chocar con el globo.

Topete. Buscando la salida. Bueno... mi generoso bienhechor... yo me hago cargo de que a su delicadeza ofende... Estoy viendo que esta conversación le es muy violenta en presencia mía...

Rafaela. ¿Y a usted no?

Topete. A mí también... naturalmente... pero a mí me es muy difícil evitar mi presencia... No sé lo que digo... Me marcho... Usted es de los nobilísimos corazones que dan la limosna con las dos manos... para que no se enteren las otras dos...

Don Pablo. ¿Qué dices, hombre?

Topete. Repito que no sé... Disparato... La gratitud conmueve y desconcierta...

Rafaela. ¿La gratitud?

Topete. Ni más ni menos. Adiós, don Dionisio.

Don Dionisio. Adiós, Topete, adiós.

Topete. Adiós, Pablo; adiós, Rafaelita.

Rafaela. Vaya usted con Dios.

Don Pablo. ¡Y que descanses!

Topete. No estoy cansado... La gratitud no cansa... Buenos días... ¡Buenas noches!... A mí me parece de día... ¡Buenas noches! Encuentra la puerta por fin, y se va.

Don Dionisio. ¡Qué simpático es este secretario tuyo!

Don Pablo. Sí lo es.

Rafaela. Y un carácter muy sostenido.

Don Pablo. ¡Ah! Genio y figura...

Don Dionisio. Rafaelita, yo venía por ti.

Rafaela. ¿Por mí?

Don Dionisio. Sí.

Rafaela. ¿Y adónde iremos?

Don Dionisio. A hablar con Emma. Se halla en una crisis sentimental, que debe aprovecharse. Pásmate: ha recibido una carta de Roque, y la ha leído tres veces.

Don Pablo. ¿Quién es Roque?

Rafaela. ¡Su marido, papá!

Don Pablo. ¡Ah! ¿Se llama Roque? Se me había metido en la cabeza que se llamaba Casimiro.

Rafaela. Pues vamos, don Dionisio, vamos allá. Mal pleito se me antoja... y mala abogada soy yo; pero, ¡qué diablo! el tiempo está de cambios y mudanzas. El dichoso cometa ha dejado un rastro de azufre o de qué sé yo qué... un aire que envenena el ambiente... y, sobre todo, que no quiere dejar cosa en su sitio. ¡Jesús, qué torbellino de cometa! ¿Emma está en su cuarto?

Don Dionisio. En su cuarto la tenemos, sí.

Rafaela. Venga usted conmigo.

Don Dionisio. ¡Quiera Dios que consigamos algo! *Se entra por la puerta de la biblioteca siguiendo a Rafaela.*

Don Pablo. *Reflexivo.* ¡Qué cosas ha dicho mi hija!... Está perturbada... desazonada... Nunca la he visto así.

Viene QUINTICA por la puerta del patio.

Quintica. Don Pablo.

Don Pablo. Quintica. ¿Qué hay?

Quintica. Er chiquiyo der puesto e los libros, que tiene que enzeñarle a usté una coza.

Don Pablo. Dile de mi parte que pase aquí.

Quintica. Dice que no entra por zi hay vizita.

Don Pablo. Dile que no la hay.

Quintica. Dice que pué vení mientraz él está.

Don Pablo. Basta. Respeto ese temor a las visitas. ¿Quién no la sentido alguna vez? Veamos lo que me quiere este camueso. Se encamina hacia el patio y Quintica hacia la biblioteca. De pronto se vuelve llamándola. Ah, Quintica.

Quintica. Zeñó.

Don Pablo. Ven acá y escucha una cosa.

Quintica. Mándeme usté.

Don Pablo. Ya sabes que te quiero bien; que me eres muy simpática.

Quintica. Zí, zeñó; y lo agradezco muncho.

Don Pablo. Pues me vas a contestar a una pregunta. Pero has de hacerlo sin remilgos de empanada. ¿Por qué te quieres ir a tu pueblo? Quintica calla. Vamos, responde. ¿No se puede saber?

Quintica. Ez un zecreto mío.

Don Pablo. Pues compártelo conmigo, que de mí no saldrá.

Quintica. No... No, zeñó...

Don Pablo. ¿No te fías?

Quintica. Me acuerdo de aqueyo que ze dice:

Zecreto de dos,
ve con Dios;
zecreto de tres,
no lo es;
zecreto de cuatro,
va ar teatro;
zecreto de cinco,
zuerta un brinco;
zecreto de zeis,
lo zabréis;
zecreto de ziete,
compromete;
zecreto de ocho...

Don Pablo. ¿Y así hasta el centenar, Quintica?

Quintica. No, zeñó; que cuando yega a diez ze pre-

gunta: «¿Quieres que te lo diga otra vez?» Y ze güerve a empezá.

Don Pablo. Pues excusa la repetición. Ya veo que no me aceptas por confidente. Y tenía yo muy vivo interés en conocer el motivo de tu imprevista salida de mi casa.

Quintica. Mejó zerá que usté lo adivine.

Don Pablo. Si vieras que no tengo ese don... Anda, dímelo tú. Siquiera por lo que yo te aprecio, Quintica.

Quintica. No pueo. Usté lo barruntará de aquí a mu pocos días. No es na de usté.

Don Pablo. ¿Es tal vez de mi hija?

Quintica. Usté ha de barruntarlo... No me pregunte usté más de esto.

Don Pablo. Bien, bien está... Misterioso anda el tiempo de veras... Sí que el cometita se ha dejado sentir... Se va por la puerta del patio. Ya dentro, se le oye decir lo siguiente: ¡Ven con Dios, Daniel! Pasa a la biblioteca y aguárdame.

Quintica. Emocionadísima y aturrullada al oír a don Pablo. ¡Huy, Danié! Es Danié... Danié... Va de aquí para allá, sin saber si irse o si quedarse. ¿Me voy? ¿Me queo?... Danié... Es Danié... Viendo aparecer a DANIEL. Hola, Danié...

Daniel. Hola, Quintica. ¿Está por aquí don Dionizio?

Quintica. No; que está arriba con zu hija Erma.

Daniel. Ah, vamos; está arriba.

Quintica. Y... con la zeñorita Rafaela también.

Daniel. Voy a verlo.

Quintica. ¿A don Donizio?

Daniel. Zí. Me ha mandao dos cajas de puros diciéndome que me está muy agradecío—yo no zé por qué,—y quieo darle las gracias. ¿Qué miras?

Quintica. Na... ¿Usté... usté ze güerve ar campo esta misma noche?

Daniel. Esta misma noche. ¿Por qué?

Quintica. Por na... ¿Y viene usté mañana otra vez?

Daniel. Quizás no venga.

Quintica. ¿No?... Zí, zí vendrá...

Daniel. No zé.

Quintica. Zí vendrá, zí...

Daniel. Cuando tú lo dices... Voy pa arriba. Éntrase por la puerta de la biblioteca.

Quintica. ¡Vaya con Dios er rey pastó:
er corazón ze me yevó!...
¡Vaya con Dios er rey doncé:
mi penzamiento va con é!...

Vuelve DON PABLO por la puerta del patio. Quintica, abstraída en alas de su ingenuo y candoroso amor, ni lo ve ni lo oye, y sigue diciendo la relación del «Rey pastor», con gran perplejidad de don Pablo.

Don Pablo. Quintica.

Quintica. ¡Vaya con Dios er rey galán
en zu cabayo el alazán!...

Don Pablo. ¡Quintica!

Quintica. ¡Vaya con Dios er rey gentí
con mis zuspiros más de mí!...

Don Pablo. ¡Pero, muchacha!

Quintica. ¡Vaya con Dios er rey marciá,
que yeva er zó por donde va!

Se aleja por la puerta del patio, continuando su inconsciente monólogo.

Don Pablo. ¡Vaya con Dios! ¡Esta chiquilla es siempre inesperada!

Allá lejos, en la calle, tan lejos que llegue a la escena como un rumor, suena un animado rasgueo de bandurrias y guitarras, que se amortigua poco después de cantada esta copla.

En habiendo luna y só
no haya tristesa ninguna,
que mientras er só se apaga,
se va ensendiendo la luna.

¡Hola! Tal vez el rey galán de Quintica sea algún trovador de estos de la ronda. Presumo que el amor anda suelto esta noche por la revuelta Peña Real. Esa estrella de rabo... A RAFAELA, que sale por la puerta de la biblioteca. ¿Oyes, Rafaela, cómo canta la gente moza?

Rafaela. Ya oigo, ya. Y pasarán la noche en claro, esperando la romería de mañana.

Don Pablo. Será preciso que nosotros nos recojamos pronto; que es cosa que no quiero perderme, y habrá que madrugar.

Rafaela. ¿No sabes? Corren vientos de cambio para mi amiga.

Don Pablo. ¿Pues?

Rafaela. ¡Y creía el padre que era terquedad y ligereza lo que la separaba del marido... y ha bastado un poco de sentimiento para calmar su rebeldía!

Don Pablo. ¿Qué me cuentas? ¿Vuelve por ventura a Madrid?

Rafaela. A Madrid vuelve; y a su casa.

Don Pablo. Cuando digo yo que la estrella de rabo... Explica, explícame el milagro ese.

Rafaela. Milagro de la lógica de las cosas, papá; milagro de la vida, que no se está quieta; de este afán de encontrar la dicha que a todos nos empuja desde muy adentro... ¡Qué inútil es oponerse a su fuerza!

Don Pablo. ¡Oh! Se lo dices a un convencido. Alguna vez te he hablado yo de eso; recuérdalo.

Rafaela. Sí. La pobre Emma...

Don Pablo. Habla, habla de Emma.

Rafaela. Me ha hecho reír y llorar. El desdichado Roque parece ser que se ha visto muy solo, demasiado solo, porque no tiene como Emma un espíritu libre y curioso que lo distraiga. Las primeras cartas que le escribió cuando se separaron, eran ridículas; todo se volvía en ellas frases rebuscadas y pensamientos cursis, que exasperaban a la infeliz mujer. La última que le

ha dirigido, escrita con entero abandono, con tachas y con mala letra, dejando hablar al corazón, es vulgar, pero es noble: comprendo que la haya conmovido. Emma gritaba al enseñármela: «¡Mira, Rafaela, mira! ¡Mi marido me escribe ya con tachas! ¡Este hombre está cambiando! ¡Este hombre es otro!»

Don Pablo. Razón tiene. Tachas hay que valen por cuatro carillas. ¡Ay del que no sabe tachar!

Rafaela. Al final de esta carta, le dice: «Si tú no quieres tener un hijo que se parezca a mí, yo quiero tener una hija que se parezca a ti.»

Don Pablo. ¡Anda, morena! ¡Por dónde se apea Casimiro!

Rafaela. Roque, papá.

Don Pablo. ¡Me he empeñado yo en confirmarlo!

Rafaela. Y Emma, que aun de esta frase hizo los más picantes epigramas...

Don Pablo. A ver, a ver... vengan los epigramas esos.

Rafaela. No, son cosas enteramente nuestras. Emma ahora piensa—lo adivino como si viviera en su corazón...—piensa... aunque no lo declara sino entre chirigotas y burlas, que un hijo es quizás la única solución que su vida tiene. Dios se lo dé.

Don Pablo. Así sea. Y que se parezca tanto a Roque como ella a su padre.

Rafaela. ¡Dale, machaca!

Don Pablo. No pienses mal, hija: yo sólo quiero, por gusto de Emma, que el hijo que tenga no se parezca a su marido: es su más fervoroso deseo.

Rafaela. Aquí están el padre y la hija.

Salen, en efecto, EMMA y DON DIONISIO por la puerta de la biblioteca.

Don Dionisio. ¡Abrázame, Pablo! ¡Abrázame!

Don Pablo. De muy buena gana.

Don Dionisio. ¡Soy en este momento el hombre más dichoso de la creación!

Don Pablo. Lo sé.

Don Dionisio. Mi hija Emma me ha dado una gran alegría.

Emma. Papá, sería yo demasiado mala si te nublara la que tienes porque no se ha acabado el mundo.

Don Pablo. Y que, según mis nuevas, en la alegría que tú le has dado, hay, en primer lugar, ciertos propósitos de que el mundo siga.

Don Dionisio ríe, de felicidad, y no da otra propina porque no ve a quien dársela; pero se echa mano al bolsillo.

Rafaela. No seas hablador, papaíto... ¡Qué ligero de lengua! ¡Y critican luego a las mujeres!...

Emma. Señor don Pablo, usted, como hombre de experiencia, no desconoce que, aun sin querer, a veces los mejores propósitos...

Don Dionisio. ¡Emma! ¡Emma!

Don Pablo. ¡Déjala que se explaye!

Emma. ¡Un hijo! ¡Un hijo! Siempre lo he deseado: siempre. Y ahora más que nunca lo echo de menos.

Don Dionisio. ¿Ahora más que nunca?

Emma. ¡Pues no que no! Por eso me ha hecho algunas cosquillas en el sentimiento que ahora también lo quiera mi marido.

Rafaela. ¿No lo quería antes? ¿Entonces para qué se casó?

Emma. ¡Para reglamentar su vida! ¡Sólo para eso! ¡Si recuerdo que cuando yo le hablaba de un hijo me ponía una cara y me decía unas cosas!...

Don Dionisio. ¡Emma!

Emma. Y es que un hijo no significaba para él una vida que iba a encarnar nuestro cariño, que iba a seguir las nuestras... Un hijo era el sobresalto constante, las noches en vela, la dentición, los empachos, la tos ferina, las amas... ¡Oh! Si Dios me da uno, le pido con toda mi alma que salga llorón, rabioso, impertinente; de estos que en la escena más interesante de los dramas lloran en el teatro.

Don Pablo. Emma, que tú no sabes lo que estás pidiendo; que ésta era así.

Rafaela. ¿Yo? ¿Cuándo he sido yo así?

Don Pablo. Tú no te puedes acordar. Al estreno de uno de mis dramas en Madrid te llevó tu madre, y tu llantina animó a los espectadores a meterse conmigo; ¡y hubo que ver cómo acabó aquéllo!

Emma. Déjese usted de cuchufletas.

Don Dionisio. Sí; que ella habla con toda gravedad.

Emma. ¡Y tanto! Sueño con ver a mi marido en bata a las tres de la noche, con el niño en brazos, llora que llora, y sin conseguir que se calle.

Don Dionisio. Pero ¿para qué sueñas con ese tormento?

Emma. ¡Para que duerma mal! ¡Para que se despierte a horas distintas! ¡Para que no siga cuadriculado! ¡Oh! Lo que es la píldora de quinina todas las mañanas a las ocho en punto... ¡ésa se concluyó! ¡Que se despida!

Don Dionisio. ¡Bah, bah! Quien se despide ahora mismo soy yo, porque en manera alguna quiero que se me enturbie mi contento.

Emma. Ni mucho menos lo quiero yo, papá. Ni el tuyo ni el mío. ¡Pues si estoy como el enfermo que llega a dar con una postura en la que se le calma el dolor!

Don Dionisio. ¡Hija de mi vida!

Emma. Y no hagas caso de mis rarezas ni de mis desplantes. Ya sabes que tengo más horas de loca que de cuerda. Te prometo hasta lo que más odio: ¡un grupo de familia! Todos se ríen. El abuelo, la abuela, el padre, la madre, Roquito, si llega a venir—porque le pondremos Roquito;—tu perro, un caballito de cartón, un aro, una pelota... Ya verás, ya verás. Y que el fotógrafo lo retoque bien y nos quite todas las arrugas... ¡Un encanto!

Nuevas risas de todos.

Don Dionisio. Así sea. Y con tan agradable perspectiva, me voy a la cama.

Emma. Y yo te sigo.

Don Pablo. Y todos, si hemos de madrugar.

Don Dionisio. ¿Cómo no? ¡No se puede faltar a esa romería tan alegre... y tan justificada! ¡Je, je! Vamos, Emma, vamos. Hasta mañana, Pablo y Rafaela.

Rafaela. Si Dios quiere.

Don Pablo. Hasta mañana. Anda con Dios.

Vase don Dionisio por la puerta del patio soñando ya con el grupito de familia.

Emma. Deteniéndose un momento. No he querido que se acueste esta noche con mal sabor de boca. Pero que no se haga ilusiones. Ni él ni mi marido. Vuelvo de tirana: ¡a imponer la ley! Y mi bandera es anarquista: ¡abajo todo lo existente! Buenas noches.

Don Pablo. Riendo. Descansa, Emma, descansa.

Rafaela. Adiós, mujer.

Se va Emma detrás de su padre.

Don Pablo. ¿Qué? ¿Tú te sientas?

Rafaela. Sí; no tengo sueño todavía.

Don Pablo. Pues yo voy ya también en busca de las ociosas plumas.

Rafaela. Y yo muy pronto. Así que dé el último vistazo a la casa. A lo mejor me dejan luces encendidas...

Don Pablo. Ya. Pues Dios te dé un buen sueño.

Rafaela. Hasta mañana. ¿De qué te ríes?

Don Pablo. De nada, mujer. Es que estoy contento con todos de que el mundo siga dando sus vueltas infinitas... Escucha, escucha otra vez la música de los muchachos. ¡Ay, mundo, mundillo!... Te rigen la juventud y el amor.

Se marcha por la puerta del patio.

Las guitarras y bandurrias callejeras vuelven a oirse, siempre lejos. Tiembla en el aire otro cantar.

Pasó la estrella de rabo,
y er mundo no se acabó,

pero si tú no me quieres,
er que se acaba soy yo.

Rafaela. Entregándose al fin a los sentimientos que la dominan. ¡Qué angustia de espera! ¿Para qué me querrá hablar ese hombre? Digo... ¿para qué ha de ser sino para lo que yo temo más? ¿Son sus pasos?... ¿Daniel?

Sale DANIEL por la biblioteca.

Daniel. Aquí estoy.

Rafaela. Con fingida serenidad. Y yo. Dándole vueltas en mi imaginación a esta misteriosa entrevista que me has pedido.

Daniel. ¿Misterioza, por qué? ¿Por la manera? ¿Por la ocazión?

Rafaela. Por todo.

Daniel. Por la ocazión y por la manera, quizás; por lo que en eya ze haya de tratá no creo que haya misterio arguno ni pa usté ni pa mí.

Rafaela. Para mí, sí; puedo asegurártelo.

Daniel. Es naturá que usté me conteste de eza forma. Pero usté pué que zepa que cuando un hombre le pide a una mujé hablarle a zus zolas, nunca es más que pa vestí con palabras lo que ya zin eyas ze ha dicho entre los dos.

Rafaela. ¿Qué dices, Daniel? ¿Qué he podido yo decirte sin palabras?

Daniel. Zerá mi dezeo, que lo oyó. Pero quiero quitarme de dudas esta noche. No espero más. Hora es ya de que zarga al aire la yama.

Rafaela. ¿La llama al aire?

Daniel. Zí: pa que usté la apague o la alimente: pa que yo muera o viva.

Rafaela. ¡Daniel! Ese lenguaje...

Daniel. ¡Este lenguaje!... De más zé yo que usté está en er monte y yo le canto desde la yanura. No me importa: er viento le yevará mi voz, y usté, como es buena, ha de escucharla. ¿Por qué no ha de decirle a usté

Danié, el hijo der pobre señó Juan, lo que no habría tenío reparo en decirle ziendo er mismo, quizás valiendo menos, zi la vida lo hubiera encaminao pa la ciudá en vez de pa los campos? Yo la quiero a usté, Rafaelita: esto es to.

Rafaela. ¿Que tú me quieres?

Daniel. No me pregunte usté lo que zabe. Dígame usté que... por lo que zea, que yo respeto, usté ha cerrao los ojos a lo que ha visto; pero no me niegue usté la verdá de las cozas, ya que estamos mirándonos tan frente a frente.

Rafaela. No, Daniel, no; te equivocas; te hablo con toda sinceridad. Sí he advertido en ti que te inspiraba una gran simpatía, un cariñoso afecto, cuyas raíces encontraba yo en nuestros recuerdos de niños, en haber corrido juntos por esta casa, en la adoración que siempre le tuviste a mi madre, en todo ello a la vez; pero créeme que jamás presumí lo que ahora me declaras.

Daniel. ¿No, verdá? ¿Ni hace veinte días, en er campo, aqueya mañana en que bebió usté el agua en la misma peña, y yo bebí luego, no por bebé, zino por poné mis labios donde los zuyos, y usté ze encendió como una amapola? ¿No le dijeron na miz ojos? ¿Ni tampoco aqueya noche en que ze contaron hazañas de malhechores y bandidos, y usté ze acostó con mucho zusto, y no podía dormí, y yo me estuve por las cercanías cantando hasta el arba para ahuyentarle a usté er miedo? ¿Tampoco le anunció na mi canto? ¿Y la tarde en que repozaba en los pinares y yo me acerqué, y usté no ze atrevió a abrí loz ojos, y yo le quemé la cara con los míos, y ar cabo la dejé a usté zola y me alejé zofocando mi zentimiento? ¿Tampoco aqueyo le descubrió a usté coza ninguna?

Rafaela. Sí, sí; calla; no sigas...

Daniel. Suspirando. ¡Ay!

Rafaela. No te atormentes más, Daniel: lo sé, lo adi-

viné, lo vi claro: tan claro como ahora que me lo dices. Pero no quería enterarme, no quería oírlo, no quería saberlo. No, no quería saberlo por ver si se te quitaba de la cabeza esa locura.

Daniel. No es locura de la cabeza, Rafaelita; es der corazón.

Rafaela. Locura, al fin. Yo te ruego, Daniel, que hagas por ahogarla, por convertirla en un sentimiento templado, por volverla a lo que era nuestra amistad: cariño sereno y tranquilo, sin sobresaltos ni rubores.

Daniel. Ez un impozible ezo que usté me pide; es como zi me mandara usté meté laz aguas de la má en er cauce de un río. Cuando este cariño ha zalío de labios afuera ya no hay podé que lo refrene. Confiézeme usté que no me quiere ni le importo; pero no ze empeñe en darme una limosna de pan cuando estoy zediento.

Rafaela. Esa sed tuya no puedo yo calmarla, Daniel.

Daniel. ¿Tan poco zoy? ¿Tan poco vargo?

Rafaela. Fueras quien fueras yo no podría calmarla. Ni querría. ¿No me has oído muchas veces que le niego a mi corazón todo otro amor que el que ya ha sentido?

Daniel. ¿Y er corazón qué responde a ezo?

Rafaela. Lo que responda yo no lo quiero oír.

Daniel. No andará muy conforme con lo que usté le niega cuando rehuye el escucharlo.

Rafaela. Eso es cuenta mía.

Daniel. Ziendo azí, mi cuenta es también: ligao estoy a usté como la zombra ar cuerpo; pa usté y por usté vivo; de usté me interezan hasta las zeñales que en la tierra dejan zus pazos; er viento que empuja mi vida, hacia usté me yeva derechamente.

Rafaela. El que empuja la mía, Daniel, lleva rumbo contrario.

Daniel. ¡Azí fuera verdá! Que yendo er de usté pa mí y er mío pa usté, ya nos encontraríamos en mis brazos.

Rafaela. ¡Calla!

Daniel. Menos cayá, to lo que usté me pida.

Rafaela. Vete.

Daniel. ¿Quiere usté que me vaya?

Rafaela. Sí.

Daniel. ¿Zin una esperanza ziquiera?

Rafaela. ¡Jesús, qué tormento! ¡Qué obstinación más loca! No me obligues a ser cruel contigo, que me duele. Yo no quiero que me hables de esto. Vete, Daniel, vete. Déjame. ¿Por que has dado este paso?

Daniel. Porque entreví lo que ahora ze me niega.

Rafaela. ¿Cuándo lo entreviste?

Daniel. Un día y otro desde que usté fué ar campo. Y anoche mismo, mientras los dos mirábamos ar cielo, zegura usté y zeguro yo de que er mundo no ze acababa, usté me dijo... con una voz distinta de la de ziempre, que a mí me zonó a repique de gloria: «No ze acaba er mundo, Danié: zigue, zigue... y cada amanecé trae penzamientos nuevos...» Y dándoze de eyo cuenta o zin dárzela buscó usté mi mano. ¿Es verdá?

Rafaela. Lo será cuando tú lo dices: yo no hago memoria... Estaba muy nerviosa anoche... un poco febril... No era dueña de mis acciones ni de mis ideas... ¡Batallaban en mi cabeza los recuerdos de tantas horas!... ¿Ves? Ya se me han saltado las lágrimas. Vete, Daniel, vete. No estoy buena. Quiero descansar.

Daniel. Ya me voy. Ezas lágrimas me mandan obedecerla.

Rafaela. ¿Y mis palabras, no?

Daniel. Pa mí ezas lágrimas zon las primeras palabras de zu corazón que oigo aquí esta noche.

Rafaela. Te engañas otra vez.

Daniel. Es pozible; pero más bien quiero yevarme este engaño que una verdá más dura.

Rafaela. No lo interpretes nunca como una esperanza.

Daniel. Las lágrimas son trasparentes como cristales, y ze ve lo que hay detrás de eyas.

Rafaela. Acaso no. Déjame.

Daniel. Yo zuplicaré, rogaré...

Rafaela. Será inútil.

Daniel. ¿Inuti? Como yo me convenciera de ezo, no vería trasponé er zó los campos de Peña Reá más que aquer día. Ya la dejo a usté, Rafaela. Hasta mañana.

Rafaela. Adiós.

Daniel. Buenas noches.

Se aleja por la puerta del patio, mirándola.

Rafaela resiste aún unos momentos el llanto que se agolpa a sus ojos. Al cabo llora y se recrimina a la vez.

Rafaela. ¡Hipócrita! ¡Cobarde! ¡Lo quiero... y lo alejo y lo desengaño! ¡Hipócrita! ¿Por qué lo quiero? ¿Por qué si lo quiero lo maltrato y lo aparto de mí? ¡Cobarde! ¡Cobarde!

De improviso mira a una de las ventanas, como si algo hacia ella la atrajese. Alguien se ha detenido en la calle tras de la celosía. Sugestionada, se acerca a ella con temblor.

Las guitarras y bandurrias de los muchachos tornan a oírse lejos y lentamente se aproximan.

QUINTICA, que viene por la puerta de la biblioteca, acaso a curiosear desde una ventana el paso de los mozos, advierte la presencia de Rafaela y se detiene, dando oídos al curioso diálogo que se entabla a través de la celosía.

Daniel. Desde la calle, con voz trémula y apasionada. ¿Rafaela?...

Rafaela. Apenas sin voz. Daniel... ¿Qué quieres?

Daniel. Escucharla de nuevo.

Rafaela. ¿Vas a volver mañana, verdad?

Daniel. Mañana... y ziempre que usté me yame.

Rafaela. Pues ven mañana; yo te llamo.

Daniel. ¡Alma mía!

Rafaela. Y ahora vete, que llega la ronda... y no quiero que te vean aquí.

Daniel. ¡Vida de mi vida! Hasta mañana.

Rafaela. Hasta mañana. Se va Daniel. Ella se encamina hacia la puerta del patio, por donde se retira, las mejillas ardientes, abrillantados los ojos por las lágrimas y por el amor. ¡Dios mío!... ¡Otro amor... otro mundo... otra vida!...

Quintica, que está de una pieza, la ve marcharse con miedo de ser sorprendida, y cuando desaparece Rafaela exclama tristemente:

Quintica. ¡To zea por Dios!... ¡No estaba pa Quintica er rey doncé!... Me voy; me voy... ¡Quiera er Zeñó que el enzarmo de los tres zuspiros me yeve a orvidarlo!

Pone las manos en cruz, y dice entre pucheros y lágrimas:

Tres zuspiros guarda mi pecho:
zargan al aire en mi provecho.
Uno por zu vía;
otro por la mía;
otro por la Virgen María.
Tres zuspiros guarda mi pecho...

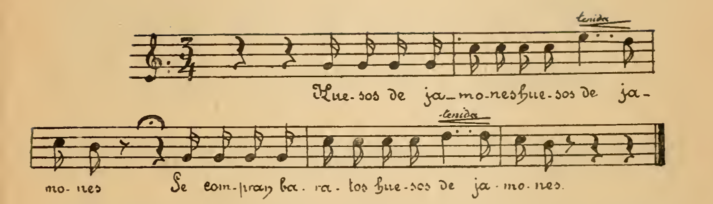
Las bandurrias y guitarras se oyen a este punto tan cerca como si los mozos avanzaran calle arriba por la de la casa de don Pablo.

Cae el telón.
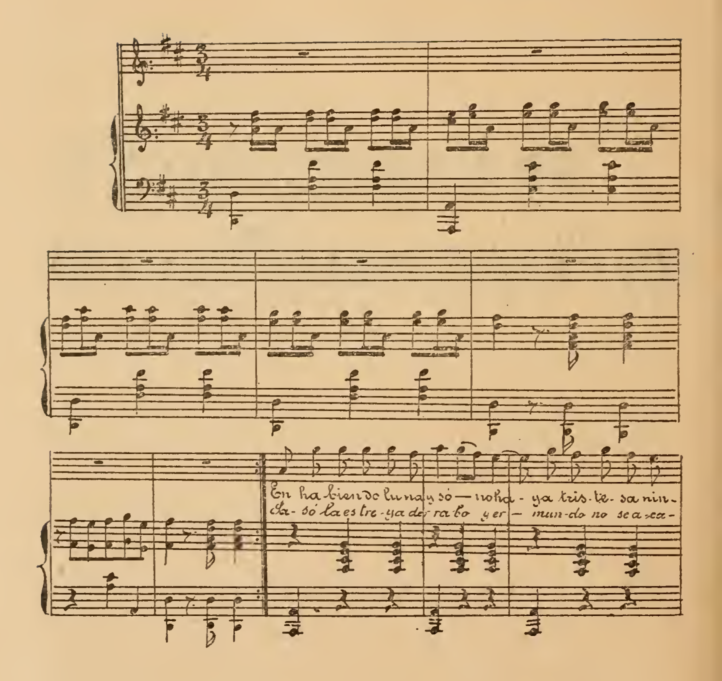
FIN DE LA COMEDIA

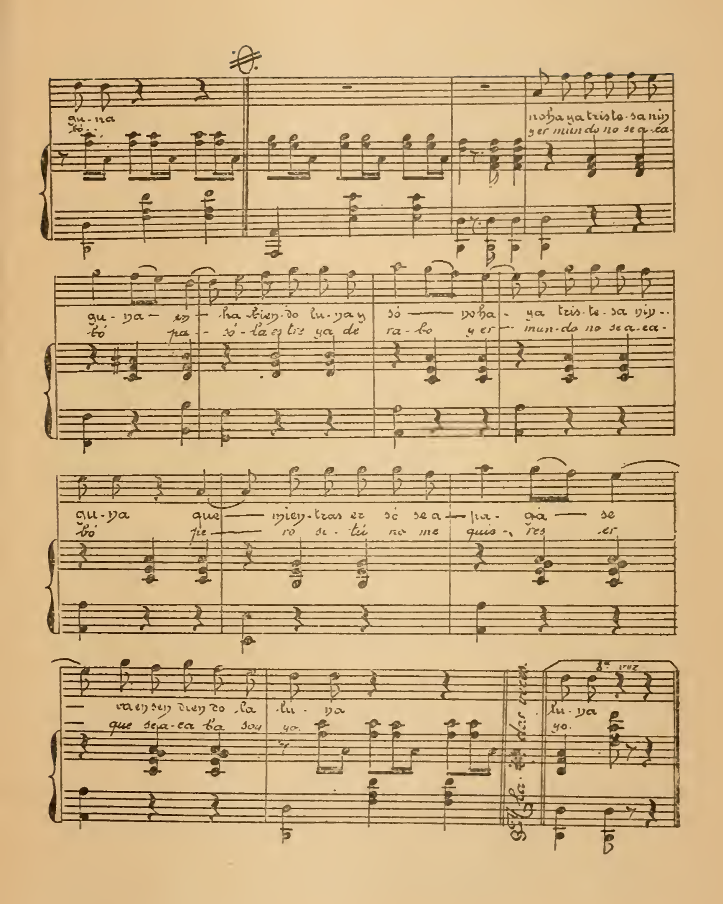
Fuenterrabía, Agosto, 1912

PREGÓN.


tenida
Hue-sos de ja-mo-nes hue-sos de ja-
tenida
mo-nes Se com-pran ba-ra-tos hue-sos de ja-mo-nes.

SEGUIDILLAS.





Lo último que tocan los muchachos no son estas seguidillas, sino el pasacalle de *Sábado sin sol*, ó algún otro análogo.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Publicadas por la *Sociedad de Autores Españoles:*

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico lírico. Música del maestro Osuna. (3.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (3.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (4.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (5.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (7.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.ª edición.)
El patio, comedia en dos actos. (4.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (3.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí. (2.ª edición.)
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (4.ª edición.)
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.)
La azotea, comedia en un acto. (2.ª edición.)
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Las flores, comedia en tres actos. (3.ª edición.)
Los piropos, entremés. (2.ª edicion.)
El flechazo, entremés. (3.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.ª edición.)
Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.)
Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés. (2.ª edición.)
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (3.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros. (2.ª edición.)

La zagala, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia. (2.ª edición.)
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés. (2.ª edición.)
Morritos, entremés.
Amor a oscuras, paso de comedia.
La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El genio alegre, comedia en tres actos. (2.ª edición.)
El niño prodigio, comedia en dos actos.
Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.
La zancadilla, entremés.
La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.
La patria chica, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí. (2.ª edición.)
La vida que vuelve, comedia en dos actos.
A la luz de la luna, paso de comedia.
La escondida senda, comedia en dos actos.
El agua milagrosa, paso de comedia.
Las buñoleras, entremés.
Las de Caín, comedia en tres actos.
Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.
Sangre gorda, entremés.
Amores y amoríos, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)
El patinillo, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.
Doña Clarines, comedia en dos actos.
El centenario, comedia en tres actos.
La muela del Rey Farfán, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.
Herida de muerte, paso de comedia.
El último capítulo, paso de comedia.
La rima eterna, comedia en dos actos, inspirada en una rima de Bécquer.
La flor de la vida, poema dramático en tres actos.
Solico en el mundo, entremés.
Palomilla, monólogo.
Rosa y Rosita, entremés.

El hombre que hace reír, monólogo.
Anita la Risueña, zarzuela cómica en dos actos. Música del maestro Amadeo Vives.
Puebla de las Mujeres, comedia en dos actos.
Malvaloca, drama en tres actos.
Sábado sin sol, entremés con música del maestro Francisco Bravo.
Las hazañas de Juanillo el de Molares, apropósito.
Mundo, mundillo... comedia en tres actos.
Fortunato, historia tragi-cómica en tres cuadros.

Publicadas por la *Biblioteca Renacimiento:*

Comedias escogidas:

I.—Los Galeotes.—El patio.—Las flores.
II.—La zagala.—Pepita Reyes.—El genio alegre.
III.—La dicha ajena.—El amor que pasa.—Las de Caín.
IV.—La musa loca.—El niño prodigio.—Amores y amoríos.
V y último.—La casa de García.—Doña Clarines.—El centenario.

En tomos sueltos:

La rima eterna, La flor de la vida, Puebla de las mujeres, Malvaloca, Mundo, mundillo... y Fortunato.

En preparación:

De la tierra baja, cuentos andaluces.
Las aventuras de Tartajilla (Apuntes de un maestro de escuela), novela para niños.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El Diablo Cojuelo.* Fernando Fe, Madrid.
Fiestas de amor y poesía, colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.

TRADUCCIONES

Al italiano:

I fastidi della celebrità *(La vida íntima)*, por Giulio de Medici.
Il patio (Il cortile sivigliano), por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
I Galeoti *(Los Galeotes)*, por el mismo.
La pena, por el mismo.
I fiori *(Las flores)*, por el mismo.
La casa di García, por Luigi Motta.
L'amore che passa, por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Mattina di sole *(Mañana de sol)*, por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Amore al buio *(Amor a oscuras)*, por Luigi Motta.
Anima allegra *(El genio alegre)*, por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.
Al chiaro di luna *(A la luz de la luna)*, por Luigi Motta.
Le fatiche di Ercole *(Las de Caín)*, por Juan Fabré y Oliver.
Siora Chiareta *(Doña Clarines)*, por Giulio de Frenzi.
Il centenario, por Franco Liberati.
L'ultimo capitolo, por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Il fior della vita, por los mismos.
Malvaloca, por los mismos.

Al alemán:

Ein Sommeridyll in Sevilla *(El patio)*, por el Dr. Max Brausewetter.
Die Blumen *(Las flores)*, por el mismo.
Das fremde Glück *(La dicha ajena)*, por J. Gustavo Rohde.
Die Liebe geht vorüber *(El amor que pasa)*, por el Dr. Max Brausewetter.
Ein sonniger Morgen *(Mañana de sol)*, por Mary V. Haken.
Lebenslust *(El genio alegre)*, por el Dr. Max Brausewetter.

Al francés:

Matinée de soleil *(Mañana de sol)*, por V. Borzia
La fleur de la vie *(La flor de la vida)*, por Georges Lafond y Albert Boucheron.

Precio: DOS pesetas